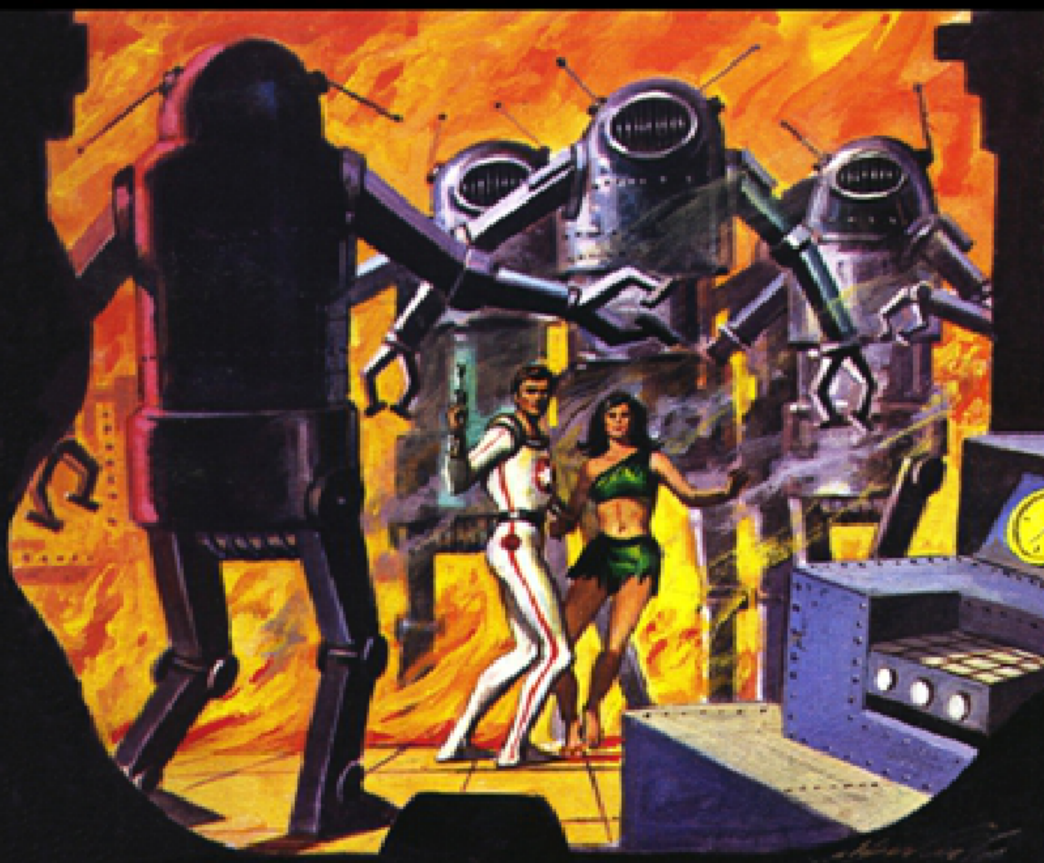
BOLSILIBROS BRUGUERA

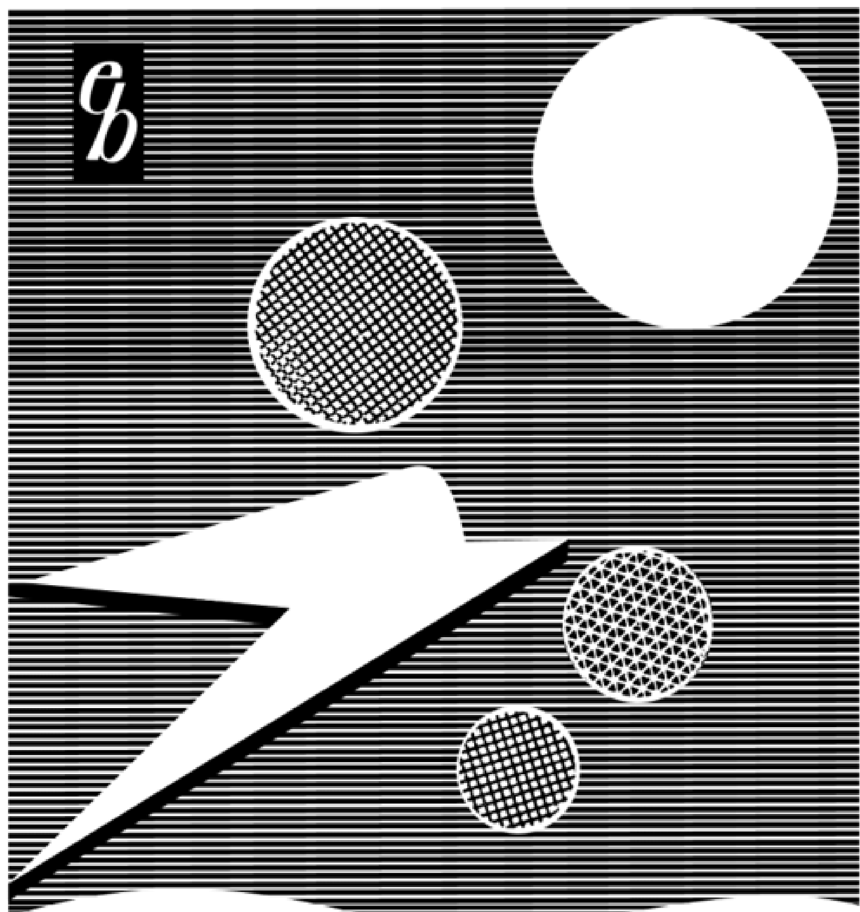
la conquista del ESPACIO

EL PLANETA DE LAS CELULAS

marcus sidereo

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

MARCUS
SIDEREO

EL PLANETA DE LAS CÉLULAS

LA CONQUISTA DEL ESPACIO
n.° 288

Publicación semanal.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 51.468 – 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: febrero, 1976

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajesy entidades privadasqueaparecenenesta novela,asícomolas situacionesdela misma,sonfruto exclusivamente de la imaginacióndelautor, por lo que cualquier semejanzaconpersonajes,entidadeso hechos pasados oactuales, serásimplecoincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 — Barcelona —

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

283—Crónicas galácticas, *Curtís Garland.*

284—Los perturbadores, *Glenn Parrish.*

285—Alucinante planeta, *Curtís Garland.*

286—Comisario espacial, *Ralph Barby*.

287—¡...Y las estrellas gritaron!, *Curtís Garland.*

CAPITULO PRIMERO

—¡Mirad! ¡Allí! —gritó Peers.

Sus dos compañeros no hicieron el menor caso. Siguieron caminando por aquel interminable desierto de arena verde. Exhaustos, extenuados, al borde ya de su resistencia.

¿Cuánto tiempo hacía que andaban?

—¡Os digo que lo he visto! —insistió Peers señalando un punto en el desierto—. ¡No es una alucinación!

El más viejo de los tres, el más reposado aparentemente se limitó a murmurar como un padre que reprende a un hijo cariñosamente:

—Allí no hay nada, Peers. No hay nada en este maldito desierto, solo la arena verde y nosotros.

—¡Escucha Mails! —increpó Peers—. Escúchame y deja de andar. Te digo que he visto algo... Se ha movido. ¡Se ha movido! Era como una mole. ¡Ha desaparecido de pronto!

Mails, el de más edad miró en torno suyo. Todo tenía la misma tonalidad. Verde. Verde y árido al mismo tiempo, porque ese verdor era roca desmenuzada, arena fina. Un desierto auténtico, un desierto sin fin.

—¡Cállate de una vez con tus malditos espejismos! —gritó el tercero del grupo. Era Vilon. El más joven. El más nervioso. Quizá el más agotado, pero sobre todo

el más asustado.

—Calmaos todos —pidió Mails—. Llevamos mucho tiempo andando. Demasiado, pero detenerse puede ser peligroso. Se han agotado nuestras provisiones, nuestras tabletas vitamínicas. No tenemos nada, pero observad una cosa...

Peers y Vilon volvieron su mirada hacia el hombre prudente y ponderado que era Mails.

—Observad... No tenemos necesidad de beber. Tampoco nos aprieta el apetito... Y hace tiempo que no probamos nada.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Vilon, mientras Peers volvía su mirada hacia la lejanía. Buscaba algo. Seguía buscando.

—No sé… Es como si esta atmósfera se bastara para automantenernos… Estamos desfallecidos, pero es por cansancio, no por falta de alimento… Creo que debemos seguir.

—¿Dónde, Mails? Estoy seguro de que hemos dado la vuelta al planeta… Hace siglos que andamos. No puedo más… No puedo más. —Y el joven Vilon intentó sentarse.

—¡No! Eso no. En pie. Siempre en pie. Si nos hemos mantenido hasta ahora…

—¡Estoy seguro que era allí! —interrumpió Peers—. Si queréis esperar, hacedlo, pero yo me voy. Allí…

—¡Espera, Peers! Iremos todos. Juntos empezamos esto. Separarnos ahora no tendría ningún sentido —adujo Mails.

Siguieron los tres, casi por inercia. Iban descalzos. La extraña arena era blanda, suave.

—No tenemos sed, porque no hace sol. Siempre esa condenada nube gris lo envuelve todo —gruñó Peers.

—Tal vez sea el clima habitual de aquí —dijo Mails y Peers recordó:

—Esto era un paraíso… ¿Recuerdas? Vimos los planos que sacaron los exploradores. Un planeta ubérrimo. ¿Dónde está? ¿Dónde está lo que veníamos buscando?

—De eso hace mucho tiempo, amigo mío… Cincuenta años o más… Nos perdimos en el espacio, cuando establecimos contacto, una voz grabada repetía que regresáramos, pero ya era imposible. No teníamos medios y tuvimos que seguir…

—Pero llegamos. La ruta era exacta. Jamás me he equivocado —replicó Peers.

—No, amigo. Tú eres un buen piloto. Uno de los mejores. La culpa del extravío no fue tuya… —Entonces…

—Peers…, si nos pidieron que regresáramos debió ser por algo… Acuérdate de que en el sismógrafo espacial acusamos varios

cataclismos... Puede que este planeta fuera uno de los afectados y por eso nos mandaron regresar. —Y tras un silencio añadió—. Pero era demasiado tarde...

Y el joven ayudante Vilon comentó como si reviviera la escena.

—Tomamos contacto con el planeta suavemente y sólo tuvimos tiempo de descender... La nave se hundió, se hundió lentamente sin que pudiéramos hacer nada para impedirlo. Se hundió en esta maldita arena verde y desapareció, tragada por completo...

—Era otra zona distinta. Allí la arena no era como ésta... —murmuró Mails—. Me he estado fijando. Todo parece igual, pero es sólo en apariencia. Si tuviera algún aparato... Peers se volvió.

—¿Quiere decir que aquí donde estamos no nos hubiéramos hundido?

—Creo que no, pero no podíamos saberlo... —Lo cierto es que hemos perdido la nave y estamos perdidos en este lugar. Somos los únicos seres de un planeta deshabitado —apostrofó Vilon—. Y moriremos... Moriremos los tres, perdidos en un lugar extraño...

***

Habían llegado al sitio donde Peers aseguraba habervisto algo.

—¡Estoy seguro de que era aquí! —afirmó.

—¿Quéeraexactamente lo que viste? —preguntó

Mails.

—¡Nada! ¡No vio nada! —clamó Vilon.

—Cálmate, muchacho. Deja que Peers se explique.

—No lo sé. Era como un edificio... Una mole... Cuadrada creo yo... Lo vi un momento. Parecía. ¡Eso es! Parecía hundirse... Hundirse rápidamente en la arena.

Se hizo un silencio que interrumpió Mails.

—¿Como la nave?

—Más o menos. ¡Sí! Como la nave... Se hundía primero despacio. Creí que desvariaba y no dije nada, pero luego lo vi más claramente... La «cosa» se hundía... Se hundía más rápidamente... ¡Lo vi, Mails!

Mails quedó pensativo, quizá pensaba que lo que Peers había visto era realmente algo en lo que se podía creer. Se inclinó y removió la arena. Levantó la cabeza y murmuró:

—Aseguraría que es más blanda —comentó—. ¿Crees que podía tratarse de otra nave? —preguntó.

—No lo sé... Era grande. ¡Os lo dije! Pero no quisisteis mirar. ¡Y no es la primera vez! Había visto otras cosas así... También os lo dije, pero parece que yo soy el único que puedo ver. Vosotros...

—Cálmate...Estudiaremos esto —atajó Mails.

Jugueteó con un puñado de aquella extraña arena y volvió a arrojarla. Después dio algunas patadas como si tratase de hundir el suelo y acabó encogiéndose de hombros.

—No hay manera de estar seguro de nada.

—¿Qué vamos a hacer? —interrogó el joven Vilon.

—Seguir como ahora —replicó Mails.

—¡Andar! ¡Siempre andar! —protestó Vilon.

Peers miraba en derredor. Todo era igual. Siempre igual. Desesperadamente igual.

CAPITULO II

Se hallaban los tres sentados en una especie de hondonada que ellos mismos habían construido.

A un par de metros de profundidad parecían hallarse mejor. Por lo menos evitaban ver aquel panorama desolador que les envolvía desde hacía ya...

—Un año —dijo Mails consultando el pequeño calculador electrónico, último vestigio que conservaba de una civilización científicamente avanzada y perdida ya para siempre.

—¿Un año? —inquirió Peers.

Mails guardó el calculador y asintió.

—Mañana se cumplirá nuestro primer aniversario. Empecé a contar desde el segundo día. Quería que tuviéramos una referencia. Este chisme me ha servido. Fue inventado para cosas más prácticas, pero aquí no nos sirve más que para contar el tiempo.

¿Qué les importaba el tiempo que llevaban allí? Habían perdido la cuenta de todo, pero no habían enloquecido como Vilon creyó al principio, pero lo más curioso de todo es que tampoco se habían alimentado.

—No sé ni siquiera como estamos vivos —comentó Peers.

—Tampoco nos crece el pelo. Es como... Como si el tiempo se hubiera paralizado.

—Como si estuviéramos invernados. ¿No? —adujo Vilon.

—Un invernamiento que nos parece pensar y seguir moviéndonos... —dijo Mails—. He tratado de estudiar el fenómeno, pero no doy con la clave... Aunque, quizáno exista clave. Es sencillamente «otro mundo» con unas propiedades que me gustaría conocer a fondo. Pero... ¿Cómo?

—¿Y cuánto tiempo vamos a permanecer aquí? —interrogó Vilon.

Nadie podía contestar aquella pregunta. Vilon levantó la voz:

—¡Estamos enterrados en vida! —Era su primera exclamación desde hacía mucho tiempo. Hasta aquel momento había vivido abúlico, resignado.

—Yo no diría eso —murmuró Peers ascendiendo hasta la superficie—. Pero se le parece bastante. ¿Eh? ¡Un año! ¡Como para celebrarlo!

Mails habló como si hiciera un comentario para sí mismo:

—No necesitamos comer, no envejecemos. Podemos hablar y razonar. Nuestro cuerpo se ha hecho insensible al cansancio. Respiramos bien. Dormimos cuando nos apetece, pero tampoco lo necesitamos demasiado.

—Tiene que suceder algo —dijo Peers desde arriba—. Tiene que pasar alguna cosa para que nos despierte... A menos que estemos muertos...

—¿Muertos? —dijo Vilon rememorando algo que ya le había pasado por la imaginación algún tiempo antes.

Peers sin mirar hacia abajo añadió:

—Oí decir a un miembro de no sé qué secta que un muerto no se da cuenta de que lo está hasta que toma conciencia de ello... Es decir, que puede vivir años y años sumido en un letargo hasta que se da cuenta de que ya no «vive».

Se hizo un silencio que interrumpió Vilon.

—Yo también oí decir esto.

—Nuestro caso es distinto —adujo Mails—. Nosotros hablamos y razonamos...

—Porque nos creemos vivos —replicó Peers—. Por eso nos hallamos como... estancados. En un callejón sin salida. No necesitamos alimentarnos, ni hacer nada de lo que en vida se considera como normal...

—Entonces es verdad... ¡Estamos muertos! —gritó Vilon.

—¡Oh, cálmate! —pidió Mails—. Estamos hablandode la muerte. Si lo estuviéramos realmente..., si estuviéramos muertos nos habríamos dado cuenta...

—Quedamos sin sentido cuando se produjo la explosión en la nave y fuimos a la deriva —recordó Peers. —Peronos recobramos y pudimos tomar contacto con este planeta —recordó a su vez Mails.

—Sí... Pero podíamos estar muertos sin darnos cuenta de ello —terció Vilon.

—¡No hubiéramos podido manejar la nave! —replicó Mails de nuevo.

—¡Y qué sabemos nosotros si la manejábamos! ¿Te acuerdas tú, Peers? Eras el piloto.

Peers no replicó. Se había alejado bastantes metros del hoyo. Oteaba en derredor.

—Siempreanda buscando...¿Qué espera encontrar aquí? —añadió Vilon.

—No estamos muertos. No podemos estar muertos —recalcó Mails otra vez hablando consigo mismo.

Vilon no parecía estar de acuerdo, o acaso no sabía qué diablos pensar de aquella larga y extraña situación. Mails subió a la superficie y murmuró: —Otra curiosidad es la carencia total de viento. En un desierto cualquiera la arena habría recuperado su posición. No hubiera sido posible mantener ese hoyo. —¡Aquí todo es extraño...! —exclamó Vilon—. Siempre la misma tonalidad. Nunca se hace de noche. Nunca hace viento, no llueve, no hace calor. No hace frío... ¿Qué es esto? ¿Qué es?

—Simplemente un habitáculo distinto. —¿Y este era el habitáculo ideal? Mail no contestó.

—¡Di! ¿Tú crees que éste puede ser un sitio ideal...? Bueno. Tal vez lo era antes de la catástrofe. Porque tú dijiste que había ocurrido una catástrofe, ¿verdad?

—Eso nos comunicaron cuando ya no podíamos regresar.

—¿Qué es lo que pudo pasar aquí? ¿Acaso todo está hundido debajo de esta maldita arena extraña?

Mails no podía contestar aquella pregunta, pero al cabo de un silencio expresó lo que estaba pensando: —Tal vez sea ideal tal como está ahora. Nosotros tenemos un concepto de lo perfecto. Un concepto

muy subjetivo. Nos hemos inventado la perfección a nuestro modo, pero… ¿Qué es, en realidad, la perfección? Aquí se puede vivir sin esfuerzo.

—¡Profesor Mails! Eso no es vida. Tú no puedes pensar esto. Hay que hacer algo para que vivir tenga sentido… Llevamos un año caminando o sentados sin hacer nada.

—Esa era la aspiración de muchos sabios. Conseguir el medio de suprimir el trabajo, dejando que todo lo hicieran las máquinas. Aquí no se necesitan máquinas siquiera. Es otro concepto. No encaja en nuestra mentalidad. De acuerdo, pero se vive, se respira. Quizá… Quizá cuando nuestras máquinas programadas nos dieron referencia de este lugar lo hicieron de un modo más inteligente que cualquier hombre.

El joven le miró embobado, como si no comprendiera.

—Sería curioso que una máquina programada por el hombre hubiera resultado más inteligente. ¡El planeta perfecto! ¡No hay que hacer absolutamente nada para vivir! .

—¡Pero estamos solos, Mails! Estamos solos. ¡Oh! ¡Quisiera hallarme lejos de aquí! ¡No me gusta esta clase de perfección!

Mails iba a regresar al agujero. Peers seguía lejos. Su silueta se veía arrodillada en el suelo como si buscara algo.

Vilon se sentó en la superficie, apretando los puños con gesto de impotencia.

Peers se levanto a lo lejos y gritó. Su voz llegó clara y nítida como si en vez de hallarse en un inmenso desierto estuviera en una sala totalmente insonorizada:

—¡Eh! Venid… ¡He encontrado algo! ¡Ayudadme…! ¡De prisa! ¡Vamos, venid!

CAPITULO III

Mails y Vilon estaban junto a Peers. Este tenía sujeto una especie de mango metálico que emergía de la arena.

Peers explicó:

—Profundicé un poco. Todo lo que veis. Medio metro aproximadamente y apareció este tubo. Intenté sacarlo, pero está sujeto a algo, deberíamos hacer un hoyo más grande.

Mails observaba el tubo. Era completamente cerrado y tenía un diámetro de unos seis centímetros aproximadamente. El tubo, que parecía macizo, era de metal mate y estaba perfectamente conservado.

Trataron de tirar de él los tres, pero les fue imposible moverlo en absoluto. Parecía adherido a la arena, clavado a alguna parte y empezaron a cavar.

Poco a poco el hoyo fue adquiriendo profundidad y el objeto metálico aumentando en longitud.

Tenían ya como unos cinco metros y el cilindro seguía inamovible. Lo que era sólo un trozo de metal de unos centímetros ahora tenía ya cinco metros y continuaba empotrado.

—¿Qué será esto? —preguntó Vilon.

—Seguiremos quitando arena hasta averiguarlo —replicó Peers.

—Pero... ¿de dónde procede? —insistió Vilon.

—Lo sabremos en cuanto lleguemos a la base, pero me temo que va a ser un trabajo laborioso —terció Mails.

—No tenemos otra cosa que hacer —murmuró Peers, y siguió cavando.

Otra hora, y otra...

En la superficie todo seguía igual. Los metros excavados podían cifrarse en diez. La columna metálica seguía erecta, inamovible, clavada en la arena.

—Intentemos moverla —propuso Peers.

Se cogieron todos a la barra y trataron de dominarla, pero fue del todo imposible conseguirlo.

Se reanudó el trabajo sin que acusaran el cansancio. Otro metro y otro…

Al fin…

—¡Eh! Aquí hay algo —encontró Vilon alguna resistencia al sacar arena.

Tras quitar otra capa dieron con una superficie metálica.

—Parece que es la base del tubo —dijo Mails.

Tras algún trabajo, consiguieron limpiar la base, pero era mucho mayor que la superficie en la que se movían.

—Habrá que ensanchar el agujero —dijo Peers.

—De acuerdo.

Ahora el trabajo era más lento, más laborioso. Mails se tomó una pausa para examinar su contador.

—Señores —anunció—. Ha pasado un día.

—¿Cómo lo gradúas? —se interesó Vilon, observando el pequeño aparato de bolsillo.

—Lo dejo en marcha. Tiene energía perpetua. Los puntos van corriendo hasta formar el total que he marcado. Cada punto es un minuto. Cuando llega el total, marca el número.

Y mostró la ventanilla donde tras totalizarse los minutos marcaba el paso de un día.

—Por nuestro primer aniversario —sonrió Peers, levantando los brazos.

—Quizá hoy sea un día grande. Cuando consigamos ver qué significa este metal.

Volvieron al trabajo.

El hoyo fue ensanchándose y la base del tubo había crecido. Era una buena plataforma metálica.

—Parece un avión —comentó Vilon.

—Sí. Eso parece —admitió Mails—. Pero debe serenorme.

Había que llegar hasta el borde de lo que venía a ser el tejado, pero todavía quedaba mucho trabajo por

hacer.

—Menos mal que no existe el cansancio en este sitio. —Sonrió Vilon más animado.

—Te quejabas de que no tenías trabajo —rio, a su vez, el profesor.

Continuaron trabajando y cayó otro día.

Y otro...

La cavidad era ya enorme.

Y al cabo de una semana habían logrado descubrir
una superficie de quince metros en cuadro.

—¿Sabes qué me parece esto, Mails...? —inquirió Peers—. La aguja de un edificio.

—¿Un edificio sepultado? —terció Vilon.

—Si consiguiéramos llegar al final...

Mails golpeaba el material.

—Es muy grueso. Se parece al acero, pero temo que se trate de algo desconocido para nosotros.

Peers se dedicó a buscar alguna ranura, algo que permitiera forzar aquella base y pasar al interior, pero todo era completamente liso.

Vilon estaba en uno de los bordes.

—A lo mejor cubre todo el subsuelo —comentó.

De pronto comenzó a hundirse.

—¡Eh! ¡Esto resbala! —gritó, tratando de sujetarse aalguna parte.

Sus pies se hundían en la fina arena y Mails advirtió a su compañero: —¡Peers! Corrieron ambos para ayudar a su compañero quese hundía rápidamente.

—¡Aguanta un poco, Vilon! —gritó Peers.

Vilontrató deesforzarse, perodesapareció en el subsuelo antes de que pudieran alcanzarle.

—¡Cielos!¡Vilon! —gritó Peers.

Mail miró hacia la sima que se había abierto a sus pies. Era totalmente imposible ver el final.

Quedaron ambos mirando el vacío. Un agujero. Un pozo por el que acababa de desaparecer el compañero.

—¡Hay que hacer algo! ¡Tenemos que hacer algo! Tal vez sea posible rescatarle con vida —exclamó Peers.

Se puso a trabajar inmediatamente quitando arena y tratando de ensanchar el boquete. Mails le secundó.

Al cabo de algún rato el boquete había quedado mucho más grande, pero seguía siendo imposible ver el fondo de aquel pozo.

—Es extraño —hizo notar Mails.

Peers se volvió.

—Fíjate en eso. Debajo está totalmente vacío...

—Sí...

—Entonces... ¿Sobre qué base se aguanta esa arena?

—Es verdad.

—Es como una bóveda. Unos metros de superficie y el resto está vacío... No tiene explicación. No puede tenerla.

Se quedaron los dos mirándose.

Sólo había una verdad. Vilon había desaparecido por el agujero de un pozo sin fondo...

CAPITULO IV

De las escasas pertenencias que conservaban del equipo, Mails extrajo un soplete y lo pasó a Peers.

Peers estaba agarrado a una especie de saliente de aquella enorme olla metálica.

El cuerpo del piloto se mantenía en equilibrio ante el oscuro vacío que se abría bajo sus plantas.

Ahora, con el soplete que le pasó el profesor Mails, intentaba agujerear el metal al que se hallaba cogido.

—Si se tratara de material sólido —dijo Mails—, se comprendería que bajo la superficie hubiera un hueco, pero eso es lo más parecido a la arena. No tiene consistencia y sin embargo bajo nuestros pies hay un hueco enorme.

—Parece que en algunos planetas el' centro es habitable. Este podría ser uno de esos planetas, Mails —replicó Peers, empezando a perforar.

—Voy a hacer una comprobación si no me necesitas.

—No, Mails. Haga lo que guste. Intentaré taladraresto.

Mails sacó un aparato para medir la atmósfera y tratar de analizar el índice respirable bajo la espesa capa arenosa.

Peers intentaba inútilmente la perforación.

—Creí que esto servía para toda clase de metales. Vivíamos muy atrasados —comentó.

—Es posible, es posible... Si aquí existen habitantes, quizá tampoco tuvieran nada que hacer entre nosotros... Bueno, quiero decir entre los de nuestra raza.

Un silencio. Peers seguía con su intento de perforación.

Mails cerró su detector de atmósfera y comunicó:

—Perfecta. El subsuelo es respirable. Tal vez tengas razón y nos

hallemos ante una ciudad subterránea, si es así, espero que sus habitantes nos hayan detectado. Lo extraño es que no aparezcan por ninguna parte.

—Quizá les hayamos asustado, Mails —sonrió Peers.

El profesor se aproximó para ver los adelantos del piloto, pero el metal seguía inamovible.

—Esto no sirve para nada. Parece que tiene un blindaje especial, Mails. ¡Espere! Parece que cede. Sí. ¡Se ablanda!

Buscó una herramienta punzante y probó de apretar.

—¡Cede! —exclamó nuevamente.

—Sigue, Peers. ¡Sigue!

No hacía falta que Mails estimulase al piloto. Toda la presión del perforador estaba concentrada en abrir el boquete.

¡Y por fin!

El metal cedió y se abrió el agujero.

—Tiene un espesor muy grande —anunció Peers.

—¡No dejes que se enfríe! Sigue perforando —instó Mails.

Tampoco era necesaria la advertencia del profesor, puesto que Peers insistía sobre el duro metal.

Pasó algún tiempo. El trabajo resultaba laborioso, pero al fin...

—¡Creo que ya podemos pasar, profesor! —exclamó Peers.

El boquete que Peers había abierto permitía, en efecto, el paso de un cuerpo.

Peers probó primero.

—¡Cuidado! —advirtió Mails.

Peers levantó un dedo en señal de que ya estaba prevenido y asomó primero la cabeza.

En seguida advirtió una extraña claridad, opaca, rojiza, pero que

permitía ver perfectamente el interior.

A sus plantas. A unos tres metros se hallaba un suelo metalizado. Era una nave grande, inmensa. Debía ocupar toda la superficie.

—¡Voy a saltar! —dijo.

Lo hizo.

Flexionó las piernas, y cayó sobre la superficie lisa produciendo un gran ruido cuyo eco se propagó.

Peers sintió la sensación de haber caído dentro de un enorme recipiente metálico absolutamente vacío. Cuando llamó a Mails, su voz resonó de un modo casi fantástico:

—Intenta saltar, Mails.

—Voy a hacerlo.

Mails miró la posición y se dejó caer con menos habilidad que su compañero que estaba alertado para ayudarle.

—¿Se encuentra bien, Mails? —inquirió.

—Creo que sí, pero ya no estoy para estos trotes... En fin... Ya estamos dentro. ¿Qué es eso?

—Es lo que intentaremos averiguar.

Empezaron a andar buscando alguna referencia, algo que les condujera a alguna parte.

Cuando ya desesperaban de recorrer aquella superficie plana, Mails descubrió una plataforma móvil.

—¡Mira! —dijo y apretó un botón.

La plataforma se movió hacia abajo y Mails volvió a pulsar otro botón y la plataforma ascendió.

—¡Un elevador! ¡Y funciona! —exclamó Peers—. Vamos, Mails... Esto es un edificio. Y estamos en la azotea. Aquí ha debido de ocurrir una catástrofe... Una lluvia de arena o algo por el estilo ha sepultado a la ciudad. ¿No le parece?

—Puede que tengas razón.

Subieron a la plataforma. Mails pulsó el mismo botón exterior y empezaron a descender.

Tras un largo silencio y al cabo de varios segundos de descenso llegaron a otra plataforma.

—Parece igual que la otra —dijo Peers, asomando.

—Sí.

—¿Cuántas plantas debe tener esto?

—Lo mejor es averiguarlo. ¿No crees? .

—Ahora ya sabemos que cada botón conduce a una planta. Vaya pulsando, profesor. Hasta que la plataforma ya no descienda más.

El descenso resultaba bastante lento. La altura entre planta y planta era considerable. Cuando había descendido ya doce pisos, el profesor Mails tenía el cálculo hecho.

—No hay duda. Siete metros por planta. Y el descenso es lento. Muy lento.

—¿Por qué harían esos techos tan altos?

—Quizá los habitantes de este lugar fueran gigantes —sonrió Mails.

—¿Y dónde están?

Mails se encogió de hombros.

—Sí, claro… Donde están —repitió Peers.

Catorce plantas. Todas idénticas. Grandes naves sin departamentos, sin más paredes que las que limitaban el edificio.

—¿Qué clase de lugar debía ser éste?

—No hables en pasado, Peers. Puede que sea un lugar en plena vigencia. Lo malo es que el pobre Vilon…

Peers miró largamente al profesor.

—Es verdad… Si ha caído desde tanta altura, no hay posibilidad de que le encontremos con vida.

Siguieron descendiendo. Veinte plantas.

La plataforma seguía obedeciendo al botón. Continuaba bajando a través del subsuelo.

Veinticinco plantas.

—Estamos a una profundidad increíble. Y el aire… La atmósfera sigue lo mismo —anunció Mails.

Treinta plantas.

—Más de doscientos metros… Espera… Hay una advertencia. —Y Mails examinó su contador.

Había cambio en la atmósfera pero seguía siendo perfectamente respirable.

En la planta treinta y siete la nave se hallaba dividida en tres sectores. Descendieron para investigar.

En el sector central había una máquina de gran envergadura que se hallaba funcionando. Su esquema a grandes rasgos era parecido al de un pulmón.

Sonido sordo, acompasado y el latir de algo.

—¡Es realmente un pulmón, Peers! —exclamó el profesor—. Un renovador de aire con algún ingrediente especial que mejora la atmósfera… El procedimiento esoriginal, aunque la construcción no sea muy moderna… Se diría que…

—Siga, profesor…

—Es como si los habitantes de aquí se hallaran en una época experimental… Pero mucho más avanzada… Un pulmón. ¡Un pulmón!

Se dirigieron al otro departamento y allí pudieron ver una enorme cristalera, como un escaparate en uno de cuyos lados se hallaba un pupitre con algunas palancas y botones. Mails hizo unas pruebas.

Todo funcionaba.

—¡Mira esto!

Pulsando un botón todo el interior del escaparate se iluminaba e iba cambiando de tono a medida que se pulsaba otros botones.

Una de las palancas producía una lluvia de chispasque tapaba por completo la transparencia del cristal Otra palanca aumentaba el sonido y producía latidos propios de un corazón. Latidos que aumentaban sistemáticamente.

Una tercera palanca ponía punto final, dejando elenorme escaparate intacto.

—¿Y eso... para qué puede servir?

—No lo sé, Peers, pero por si acaso no te metas ahí dentro y dejes que alguien manipule esto... No sé lo que es. No entiendo las sílabas simbólicas que se hallan junto a los botones y palancas, pero...

Hizo un gesto ambiguo. No le gustaba demasiado... al menos probarlo. Peers sonrió.

—Debe haber algún sitio para salir. Quisiera encontrar a Vilon.

—Y yo... Pero debemos seguir. ¿No te parece?

El tercer departamento de la planta era una sala completamente vacía provista de un aire especial. Una atmósfera fría, desagradable.

—Se diría que es una sala de prueba de temperaturas —advirtió Mails—. Es la primera vez en el tiempo que llevamos aquí que siento frío. Hasta este momento la temperatura era estable.

Peers descubrió un tablero con botones y probó de pulsarlos.

La temperatura varió, pasando del frío a un clima templado, luego calor, luego un frío intensísimo, por fin otra vez calor tórrido, insoportable.

—Creo que tenía razón, Mails... Aquí están todos los climas de nuestro mundo.

—Ahora vivimos en éste, por lo tanto templa la temperatura. ¿Eh? —sonrió Mails.

Volvieron a descender por la plataforma para llegar a la planta inmediatamente inferior y hallar toda una serie de computadoras en perfecto funcionamiento.

Transmitían datos a través de sus respectivas pantallas. Enormes cintas de papel se hallaban al lado de cada una de las máquinas que nadie hacía funcionar.

Era como una base fantasma.

—Pero… ¿A quién sirve todo esto? —comentó Peers, que había tomado una de las cintas leyendo signos que no comprendía.

El profesor trataba inútilmente de interpretar las notas que aparecían en las distintas pantallas.

—Alguien debía entenderlo, pero ahora… a menos de que se trate de gente invisible… No hay nadie…

En aquel instante se produjo una explosión. Los dos hombres se volvieron y sus ojos convergieron en el mismo sitio. Algo había ocurrido. Una de las computadoras acababa de estallar.

CAPITULO V

Mails examinó el aparato y comentó:

—Estaba averiada. Funcionaba forzadamente. Debieron cambiar las cintas...

—¡Un momento, Mails ¿Cuánto tiempo cree que pueden aguantar esas cintas?

—Eso depende del funcionamiento.

—Bueno, pues... pongamos un centenar de años, según nuestra manera de calcular...

—¿Cien años?

—Más o menos...

—Entonces, si esa cinta está deteriorada por el uso quiere decir que...

—Que ha funcionado sin parar durante cien años...

—Bien..., pero alguien debía cuidar de eso. A menos que...

—A menos que haga más de cien años que se produjera una catástrofe y todo siguiera funcionando. ¿No es eso, Mails?

—Sí...

—Presientoqueestamosllegandoalfinal—dijo

Peers, nuevamente.

Y ante la mirada de Mails añadió:

—Estamos en las plantas destinadas a servicios. ¿No piensa usted lo mismo?

—Tal vez.

—Volvamos a la plataforma.

Tuvieron que descender hasta la planta subterránea número catorce, según sus cuentas.

Pasaron una y otra y entre las que estaban desocupadas figuraban algunas propias para el relax.

—¡Fíjese en esto, Mails! —indicó Peers.

Le mostraba grandes tumbonas, cuya longitud era superior a los cinco metros.

—¡Una ciudad de gigantes! —exclamó Peers.

—Tal vez…

—¿Dónde están? ¿Por qué no aparecen —y, tras una reflexión, añadió:

—¡Vivos o muertos deben aparecer!

Pero tuvieron que descender hasta la planta cincuenta y dos para llegar al final.

Allí la base se había ensanchado ostensiblemente y toda la planta formaba grandes corredores que Mails y Peers empezaron a recorrer.

Con total simetría los pasadizos se cruzaban cada cincuenta metros, formando auténticas cuadras.

—¡Es… es como una ciudad subterránea! —exclamó

Peers.

—Ya lo vengo observando —repuso Mails junto a lo que parecía la entrada de un apartamento—. Me gustaría saber cómo pasan al interior… Aunque estoy por creer que…

No terminó la frase. Peers estaba en una encrucijada de corredores. Todas las paredes de las *viviendas* eran lisas, pero existían marcas marcando grandes umbrales que luego parecían haber sido taponados.

—Creo que han juntado esto. Lo han soldado, como si quisieran encerrarse.

—¿Para qué?

—Si supiéramos esto…

—Sí, claro… Pero ¿habrá alguien dentro? —Y al decirlo, Peers tomó el soplete y lo utilizó para golpear. Sonó un golpe seco, opaco. Nadie respondió.

—Podemos intentar taladrarlo —dijo Mails—. Quizá ahí dentro encontremos la clave del misterio. Es un decir… Ya no estoy seguro de nada. Esto para nosotros no tiene sentido. A menos que…

—¿A menos qué…? —inquirió Peers.

—Tal vez esa gente tuvo conocimiento de un granpeligro que les obligó a tomar precauciones, tales como… como encerrarse en sus moradas.

—¿Y sumergirse en el subsuelo? —preguntó Peers.

—Tal vez vivieron siempre ahí.

—Sí, tal vez. Esto es bastante grande, pero aun así… no podían ser muchos.

—Quizá formaban una pequeña ciudad. Si supiéramos si existen otras…

—Intentemos salir primero, profesor. Luego… abriremos una de esas moradas. Ahora estoy pensando en

Vilon.

—Sí, tienes razón. Casi me olvido del pobre Vilon…

—¿Por dónde cree que es posible salir?

—La únicasalidaque conocemosestá arriba —y

señaló a lo alto.

—Debe de haber otro sitio. Busquémoslo. ¿Qué le

parece por ahí?

Mails se encogió de hombros.

—Esto es un laberinto. Cualquier camino puede ser bueno… si damos con la hipotética salida. Quizá sea mejor que nos separemos.

—Puede ser peligroso.

—¿Por qué, Peers? Sólo somos dos. Si quisieran atacarnos, ya lo hubieran hecho. ¿No crees?

Peers admitió que Mails llevaba parte de razón y asintió. Se separaron.

Cada uno buscaría la salida por su lado.

Mails mostró el silbato magnético.

—Si conservas el tuyo, esto puede servirnos. El primero que encuentre la salida que llame.

—De acuerdo, profesor… Y en caso de peligro dos silbatos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo… ¿Funciona tu reloj?

—Sí.

—Bien. Adelante.

Peers caminó corredor adelante, consultó el reloj. No era un medidor del tiempo, sino un receptor de ondas. El silbato magnético conectado al *reloj* daba la señal. Podía ser un buen recurso en aquel mundo extraño lleno de misterio y absolutamente silencioso.

CAPITULO VI

Peers había perdido la noción del tiempo, pero aquella extraña atmósfera que impedía el cansancio físico le permitía seguir probando, buscando entre nuevas encrucijadas, todas monótonamente iguales, que pasada una se tenía la sensación de que ya se habían visto todas.

—¿Cuántas veces habré pasado por aquí? —se preguntó Peers en más de una ocasión.

Su reloj continuaba mudo, señal inequívoca de que el profesor Mails tampoco había logrado su objetivo.

—Quizá este laberinto no tenga ninguna salida —dijo Peers en voz alta.

Pero luego recapacitaba y, para darse ánimos, rectificaba su propia opinión.

—Tiene que haberla... Todo es hermético... ¡No es posible vivir en una ciudad hermética!

Seguía monologando en voz alta, para sentirse vivo. Era la primera vez desde su toma de contacto en aquel fantástico planeta que estaba solo. Solo de verdad.

Se preguntaba qué habría sido de Vilon. ¿Dónde habría caído?

A pesar de las circunstancias por las que había desaparecido. A pesar de la enorme altura que existía desde la superficie hasta la última planta de aquel subterráneo, Peers pensaba, tenía la corazonada de que su compañero seguía con vida. Quizá estuviera herido, tal vez precisara de ayuda, pero... ¿Cómo proporcionársela?

Enfrascado en sus meditaciones llegó al final de un corredor. Una pared le cerraba el paso. Era un corredorsin salida. Un callejón que terminaba con una muralla metálica igual que las que le circundaban...

—Aquí tal vez —se dijo.

Saco el soplete y comenzó su intento de perforación.

—Tal vez me equivoque pero…

El ruido opaco, similar al de la vez que perforó la pared exterior para pasar dentro de aquel inmenso edificio metálico, repiqueteó en sus oídos.

—Sí… Creo que voy por buen camino —se dijo, esperanzado.

Pero transcurrió el tiempo. El metal se negaba a ceder.

Sin ninguna fatiga que le impidiera seguir con su tarea, Peers prosiguió hasta que la materia comenzó a ceder.

—No me había equivocado —gritó.

Fue entonces cuando creyó oír un gemido.

—¿Qué ha sido esto? —se volvió.

Estaba solo. Completamente solo y, a su alrededor, sólo aquella extraña penumbra rojiza común a todo el edificio, y el silencio. El más absoluto silencio que sólo rompía su taladro magnético.

Probó de nuevo y otra vez creyó oír el gemido.

—No estoy delirando. He oído algo…¡Algo!

Paró de nuevo. Miró.

Silencio.

—¿Quién hay ahí? ¿Quién ha gritado?

Sintió un escalofrío.

No. No era miedo. Estaba demasiado curtido para sentir miedo. Pero se hallaba ante algo extranatural y la incertidumbre de lo desconocido le producía aquel cosquilleo.

Se sobrepuso rápidamente.

—Soy Peers. ¿Eres tú, Vilon? ¿Responde? ¿Estás ahí? ¿Puedes oírme?

El silencio fue nuevamente la respuesta a sus preguntas y se

entregó nuevamente a la tarea de perforar la pared en busca de la deseada salida de aquel lugar.

Esta vez el gemido fue más latente. Más próximo. Sí... mucho más cercano.

Peers lo había oído casi encima mismo de donde sehallaba. Buscó hacia arriba, y el gemido prosiguió; más que un gemido, tomó forma de voz... una voz que le costaba expresarse.

—¿Quién es?

La voz trataba de articular alguna palabra, pero a Peers le resultaba ininteligible.

—¡Estoy perdido en esta ciudad subterránea! Sea quien sea, quiero que sepa que somos amigos... ¿Eh?

¿Me oye?

La voz pareció clara y Peers creyó comprender algunas palabras...

—N... o... a... g... a... No... e... u... y... a.

Trató de poner en orden lo que había oído.

Noaganoeuya...

—¡Vuelvaa repetir! —pidió Peers, alzando la voz.

—N... o... —escuchó.

—No —repitió Peers.

—Despacio. .Despacio, por favor —pidió Peers.

La voz no replicó y Peers insistió en su demanda.

—¡Quienquiera que sea! ¡Haga un esfuerzo! Soy su amigo... Quizá ambos nos necesitemos... ¿Me escucha usted? ¡Por favor! Conteste... Mi nombre es Peers... Vengo del planeta...

La voz interrumpió.

—Peers... Peers... P...ee...r...s.

—Comprendo. Está deletreando... Necesito salir de aquí. Busco

una salida. Hay alguien conmigo. El profesor Mails… Buscamos un amigo, cayó desde la superficie. ¿Puede entenderme?

Un silencio. Después la voz pronunció una sílaba.

—Sí.

—¿Puede comprenderme? —inquirió Peers todavía con el taladro magnético en la mano, pero sin accionarlo y pendiente sólo de la respuesta del misterioso e invisible comunicante.

—Sí…

—Bien… Si puede entenderme, dígame lo que tengo que hacer para buscar la salida. —N…o…a…ga… —*No haga* —repitió Peers—. ¿No haga qué?

Un silencio. Peers aguardó hasta que la voz concretase. Y la voz se oyó de nuevo:

—No perfore. —Ésta vez sonó más clara. Y repitió:

—No haga lo que está haciendo. Es peligroso. No lo haga… Todos corremos peligro.

—¿Todos?

—¿Quiénes son? ¿Dónde están ustedes?

—Aquí —replicó la voz.

Peers miró en derredor. Aparte de la voz no se producía el menor ruido. Todo estaba en silencio.

—¿Dónde están? —inquirió Peers de nuevo

Antes de que la voz pudiera replicar, sonó el silbido. Una vez. El reloj especial de Peers señaló el aviso. ¡El profesor Mails le estaba avisando!

Aquello significabaque había encontrado la salida.

—Lo siento. Mi amigo tiene algo importante que comunicarme —gritó el piloto—. Hemos encontrado la salida.

La voz enmudeció.

Peers comenzó a correr tratando de encontrar a su único compañero vivo:al profesor Mails.

CAPITULO VII

Peers debía enfrentarse nuevamente con aquel laberinto de corredores subterráneos. Con las encrucijadas, con la incertidumbre de no recorrer siempre los mismos lugares.

—Le he comprendido, profesor —dijo, accionando el reloj, en señal de que había captado el mensaje.

La ausencia de cansancio le facilitaba su larga carrera a través de aquella ciudad subterránea y seguía corriendo en pos de Mails.

Las marcas del reloj de pulsera indicaban distancia ilimitada y era difícil, muy difícil llegar a orientarse.

Peers comenzó a gritar:

—¡Profesor!¡Profesor!

Su voz resonó en todo el ámbito. De pronto empezó a sentir un enorme cansancio. Se sentía agotado. Era casi una sensación nueva para él. ¿Cómo podía sentirse cansado después de tanto tiempo de hallarse en un planeta donde el agotamiento físico era poco menos que anormal?

Tuvo que detener su loca carrera y pulsó el reloj —el botón de aviso— para gritar:

—¡Mails! Algo está ocurriendo. Parece que la atmósfera na cambiado.

La respuesta fue otro pitido, otra señal de Mails, lo cual quería insistir en que el profesor había encontrado el modo de salir de aquella ciudad subterránea, de aquel bunker extraño donde se oían voces, de aquel lugar raramente iluminado en el que, de pronto, la atmósfera había adquirido un cambio radical.

—¡Mails! —suspiró Peers.

Casi no podía respirar y se dejó caer. Se sentó en el suelo y jadeó. Prácticamente había olvidado el cansancio... ¿Qué estaba ocurriendo?

Recordó la voz:

«No perfore», había dicho.

¿Acaso era peligroso romper el caparazón metálico que cerraba aquel ámbito subterráneo?

Trató de aunar todas sus fuerzas para proseguir la carrera en busca de Mails.

Fue entonces, cuando llevaba unos minutos de marcha a través de los corredores, cuando sonó nuevamente la señal a través del reloj: dos pitidos,..

¡Dos!

—Peligro —exclamó Peers.

Sí. Mails indicaba un peligro y, por lo tanto, había que redoblar los esfuerzos para ir a su encuentro.

Cansado como nunca, olvidado ya de una circunstancia que durante tanto tiempo le había sido favorable, Peers siguió su peregrinación a través de las interminables calles de la base de aquel edificio fantástico e increíble.

Extenuado al fin, cayó una vez más al lado de una de las paredes del callejón por el cual había estado corriendo en busca del profesor Mails.

Perdió la noción del tiempo y creyó despertar con una voz:

—Ayúdenos...

Es lo que creyó entender.

—¿Qué? —murmuró para sí.

—¡Ayúdenos! —repitió la voz.

¿Ayudar? ¿A quién?

Quien necesitaba ayuda era él. Descanso, por lo menos, y luego orientarse, buscar una salida...

—¡Ayúdenos! —repitió la voz.

Se incorporó jadeante. Seguía agotado, aunque procuraba condensar todas sus fuerzas para mantenerse en pie.

—¿Quién es? ¿Desde dónde me habla?

—¡El… taladro…, ábranos la puerta!

—¡Ábranos la puerta! —repitió Peers.

El sonido de su reloj magnético sonó dos veces. Peligro para Mails. ¿Qué hacer?

—¡La puerta! —siguió la voz.

—¡Indíquenme la salida! ¡Necesito salir de aquí! ¡Estoy agotado!

Aguardó una respuesta y sólo consiguió oír un leve gemido.

—¡Por favor! ¡No me torturen! ¡Ayudaré a quien sea!

Pero ayúdenme a mí…

Un sonido seco. Como si alguien hubiese caído desde una altura a la base de aquella ciudad llamó la atención de Peers. Volvió la cabeza y trató de orientarse.

—¿Qué ha sido eso…? —dijo en voz alta.

A poca distancia; treinta metros, aproximadamente, de donde se encontraba, vio un bulto en el suelo. Estaba en una encrucijada. En el cruce de cuatro pasadizos.

—¿Qué es…?

Corrió hacia aquel lugar y el bulto se le hizo másperceptible.

Un cuerpo.

Se aproximó.

Uncuerpode mujer.

Se detuvo junto a ella. Se hallaba inconsciente. La miró atentamente.

Sí. Era una mujer… Vestía un ajustado corpiño que concluía con un corto pantalón. Su rostro lo cubría una larga cabellera revuelta y «a

Peers le pareció hermosa… Pero en aquellos instantes no podía entretenerse en más detalles. La mujer se hallaba desmayada, inconsciente, apenas respiraba. Tenía que hacer algo.

Pero ¿de dónde procedía aquel ser?

Se inclinó hacia ella. Le golpeó suavemente el rostro con las manos. Le rogó que despertara.

—¡Vamos, vamos!

La mujer…, una muchacha joven, seguía inconsciente. —Despierte, despierte…

Ella exhaló un suspiro. Abrió sus ojos. Peers le separó el cabello que le cubría parte del rostro.

—Mujer… Soy Peers. Procedo de una civilización muy lejana. Me hallo perdido. Si puedo ayudarte… ¿Puedo? ¿Quién eres? ¿De dónde has salido? ¡Oh, mujer! ¡Esto es como un infierno para mí! Dime dónde estoy si es que comprendes mi idioma… Dime qué puedo hacer por ti y tú me dirás qué puedes hacer por mí.

La mujer entornó los ojos. Miró a Peers largamente. Y el sonido del reloj magnético indicó por tercera vez que el profesor Mails se hallaba en peligro.

CAPITULO VIII

—Tienes que ayudarles, Peers... Están en peligro —dijo la muchacha, tan pronto despertó de su largo letargo.

—¿Qué? —inquirió él.

—¡El aire! Habéis perforado el bunker... El aire es perjudicial para nosotros. Ellos quieren salir... Ellos...

Hablaba con dificultad. Peers no comprendía.

—¿Qué dices? No lo comprendo. *Ellos,* ¿quiénes son ellos? ¿Y nosotros? ¿Quiénes somos nosotros?

—Habéis... Habéis perforado el bunker —repitió ella—. El aire... La atmósfera aquí es mala... Muy mala... Nos asfixia. Y ellos desean salir, pero no pueden... Necesitanayuda...

La muchacha pareció volver a su letargo. Peers también notaba síntomas de agudo cansancio. Le costaba respirar. El aire, efectivamente, había cambiado de signo...

Peers trató de imponerse. Levantó a la chica en brazos y siguió su recorrido.

—La llevaré donde el aire sea respirable.

Ella estabatotalmenteaturdida y no contestó.

A Peers le costaba llevar el peso de aquel cuerpo muerto, pero seguía andando, guiado por la esperanza de salir de allí y respirar un oxígeno mejor.

Se sentía agotado. Cayó de rodillas un par de veces, pero consiguió levantarse paraproseguir.

El curso de su largo peregrinaje duró y duró, hasta que su andar parecía ya el de un *robot,* el de un serautomático que se mantuviera en pie únicamente por inercia.

La muchacha que sostenía pareció recobrarse.

—La llave... —murmuró.

El la miró sin comprender.

—La llave... magnética... Yo la tengo...

Hasta aquel momento, Peers no advirtió que en el cuello de la hermosa joven colgaba una cadena que terminaba con un pequeño aparatito en forma de medallón.

Comprendió que se trataba de una especie de control remoto.

—Cógela —dijo ella.

—Sí —balbució él, sin apenas fuerzas.

La *llave* tenía un resorte. Era un control, tal y como Peers había imaginado.

Lo accionó en el punto en que la muchacha le había indicado. Parte del muro metálico se corrió hacia un lado y el joven pudo penetrar en su interior sin soltar su carga.

—Cierra, cierra —indicó ella.

Peers accionó el resorte y el panel metálico se corrió otra vez dejándolos aislados en un recinto pequeño, dentro del cual podía advertirse el inicio de un corredor.

Peers depositó a la muchacha en el suelo para investigar el interior. Sintió, en principio, que le era posible respirar mejor y elcansancio cedía.

Se animó y siguió adelante.

Tras el corto corredor descubrió otra gran sala llena de aparatos.

Los examinó. Observó los botones y los extraños signos que se encontraban bajo los mismos.

—Esto es como una sala de control —murmuró para sí.

Nada funcionaba. Todo parecía paralizado. Creyó escuchar un zumbido y miró en derredor, pero todo seguía desierto, silencioso. Sin embargo, todos aquellos aparatos parecían prestos a funcionar. Trato

de estudiarlos, pero ignoraba su sentido. ¿Para qué servía todo aquello?

Ninguno de los signos le decía nada. No comprendía absolutamente nada de todo aquel tinglado.

Corrió de nuevo en busca de la muchacha. Ahora ya se sentía mucho mejor. Su respiración resultaba normal y no notaba el menor síntoma de fatiga.

—¡Mujer! —gritó.

Ella se había incorporado. Sus ojos vivarachos, decididos, le detuvieron. Parecía otra persona.

—¿Te... encuentras bien...?

Ella habló, al principio, en un lenguaje extraño que rectificó rápidamente.

—Peers. Te llamas Peers, ¿verdad?

—Sí. Te lo he dicho.

—Yo soy Laa. Llámame así. Te será más fácil. Tenemos que hacer algo...

El la miraba casi aturdido. La mujer —Laa—, llena de actividad, corrió hacia la sala donde se hallaban todos los artefactos que Peers había examinado poco antes.

—Tenemos que salvarlos. ¡Se ahogan!

—¿Quiénes? —preguntó el joven.

—Mis amigos... Mi gente... Los que viven aquí.

—Pero ¿quién vive aquí?

—¡Oh, Peers, ayúdame. Esto es un poco complicado. Yo... Yo no lo entiendo muy bien... Los que llevaban esto han muerto... ¿Comprendes? Hubo un error. Un lamentable error. Han muerto.

Ella estaba ya en la sala de mandos y miraba, buscaba, deseaba hacer algo.

—No te comprendo, Laa... Yo no soy de este lugar... Nos

entendemos en el habla, pero todo esto es nuevo para mí.

—Quizá nunca puedas comprender… Sólo necesito ayuda. Es necesario transformarlos… Tienen que volver a su tamaño natural.

—¿Volver a su tamaño natural? Perdona, Laa… No te comprendo. De veras. Explícate.

Ella siguió buscando inútilmente. Era indudable de que trataba de encontrar entre las palancas, las adecuadas para hacer algo que Peers ignoraba totalmente.

La muchacha lanzó un suspiro y pareció darse por vencida.

—Si mi padre viviera… —murmuró.

—Tu padre…

Laa le miró con ojos desesperanzados.

—Estoy tratando de que comprendas mi idioma.

—Sí… Lo comprendo —repuso Peers.

—Escucha… Aquí ocurrió algo horrible… ¿Comprendes?

—Comprendo que algo debió ocurrir. Sí. Explícate.

Laa, guardó silencio durante unos instantes para proseguir:

—Un aviso. Fue un aviso de nuestros radares. ¿Sabes lo que son los radares?

—Sí. Nosotros los llamamos de otra forma, pero te comprendo… Te refieres a los aparatos que sirven para detectar los objetos voladores. Es eso, ¿no?

—Más o menos. Tú vienes de otra parte… No importa eso. Los llamaremos *detectores* si te parece.

Peers asintió.

—Una invasión…

—¿Una guerra?

—¡Oh! ¡No! Nada de eso… Bueno. Al menos lo que se entiende

por una guerra en el cosmos... En fin... Una invasión *atmosférica,* ¿comprendes?

Peers asintió para no perder el hilo, aunque en realidad no acababa de comprender en qué consistía la supuesta invasión.

Laa prosiguió:

—El oxígeno... Nuestro sistema vital estaba contaminado... El profesor Constans lo había previsto y auguró que sólo podrían vivir en nuestro planeta los insectos...

Laa hizo una pausa y prosiguió:

—Nuestras maquinas perforaron la superficie para construir unos habitáculos a cubierto de todo peligro. El acondicionamiento de aire nos permitiría resistir un tiempo indefinido hasta que la atmósfera fuera habitable... Eso... Eso fue lo que creímos.

Otra pausa y Laa prosiguió:

—La obra se realizó rápidamente. Las máquinas obedecieron y perforaron el subsuelo... Si has entrado por la superficie, has podido darte cuenta de la magnitud de todo lo realizado... Es un bunker a toda prueba.

—Sí... Una obra magnífica, por supuesto.

—Esa debía ser nuestra salvación. Bueno... La verdad es que yo no puedo incluirme. Pero me siento como ellos... Estoy identificada a los dueños de esto...

Peers seguía sin comprender y por ello dejó que la muchacha prosiguiera su relato.

Y Laa continuó:

—El profesor Constans tenía la fórmula para ayudar a los suyos, pero le faltaban algunos detalles y mi padre se los proporcionó. Todo salió perfectamente y... Bueno... Ahora ellos viven, pero... vosotros habéis perforado el bunker. *Ellos* necesitan ese aire... ¿Comprendes? Se mueren aquí dentro.

Tras un silencio, Peers replicó:

—No... No lo comprendo. No sé quiénes son *ellos.* Nosotros perforamos el bunker, sí, eso es cierto, pero no hemos topado con

nadie. Tú eres el primer ser viviente de este habitáculo que hemos visto desde que lo pisamos por primera vez.

Laa lanzó un suspiro.

—Voy a contártelo con detalle. Escucha...

CAPITULO IX

Laa y su padre habían llegado de otro planeta, atraídos por las propiedades de aquel habitáculo. Su intención era realizar un estudio de la atmósfera y de la forma de vivir de sus habitantes.

Laa describió el lugar como una forma de vida perfecta. Viviendas, jardines, agua cristalina, medios rápidos de locomoción, todo funcionando con perfecta armonía.

En su estudio detallado, la muchacha retrató perfectamente aquella ciudad de un número limitado de habitantes, que vivían sin agobios, sin problemas, sin revueltas internas, sin odios ni rencores. Era el lugar de la paz perfecta.

La técnica se hallaba perfectamente aplicada sin abusar en absoluto de ella.

Ningún avance resultaba nocivo para la salud pública.

El aire era limpio, agradable. La atmósfera suave y agradable. La convivencia entre la gente resultaba absolutamente grata.

Nada. Nada hacía presagiar una *debacle* en aquella sociedad que el padre de Laa calificó de perfecta.

Sólo había una diferencia entre los humanoides de otras latitudes del universo.

La diferencia radicaba en el tamaño de los habitantes de aquel lugar paradisíaco.

—¿Cómo eran los habitantes? —preguntó Peers, interrumpiendo el relato de la muchacha.

—Algo así como… gigantes. —¿Gigantes?

—Sí…

Y para decirlo en un idioma comprensible para Peers hizo una descripción gráfica en una de las pantallas de la sala de mandos donde se hallaban.

La pantalla describió unos signos internacionales y, a continuación, apareció una imagen.

—¡No es posible! —exclamó Peers.

La imagen que reflejó la pantalla indicaba la figura de un ser cuatro veces superior a la estatura de Peers.

Laa era de una altura aproximada a la del joven y por eso comentó:

—Comprendo que te extrañe. A mí me impresionó verlos. Esa altura era algo inconcebible para mí... Toda su forma era humanoide. Como la tuya, como la mía, pero su altura descomunal impresionaba.

Peers miró el enorme techo de la estancia donde se hallaban. Recordó también la de las distintas plantas por las que habían atravesado hasta llegar al fondo. Pensó que, ya entonces, le había intrigado el detalle y empezó a comprender.

—Sí... Por eso edificaron ese refugio subterráneo... ese bunker, de acuerdo con su altura.

Laa asintió.

—¿Qué ocurrió? —preguntó él, intrigado.

—Tuvimos una buena acogida. Yo me asusté un poco, pero papá dijo que una gente que había conseguido una civilización tan perfecta no podían resultar peligrosos y se hizo entender con el idioma inter-cósmico.

Peers asintió.

—Papá intimó en seguida con el profesor Constans. Era el número uno en este lugar. Y en seguida nos proporcionaron un alojamiento y un modo de alimentación...Mira eso...

Frente al mismo lugar de mandos y ante la pantalla correspondiente, la muchacha accionó unos botones y fijó la imagen en el punto interesado.

En la pantalla aparecieron anos campos exuberantes, llenos de frutos, de hortalizas, de comestibles extraños para Peers.

La imagen reveló las enormes dimensiones de aquellos comestibles.

Algo parecido a melones en tamaño gigante, frutos conocidos en su planeta, pero centuplicados en tamaño.

En una escena de la reproducción aparecía la propia Laa y, al lado de una de aquellas hortalizas, parecía realmente una enana.

—¡Increíble!—exclamó Peers.

—A mí también me lo pareció... Pero los productos eran realmente buenos.

—Lo creo.

—Nosotros —papá y yo— necesitamos muy poco para vivir... Creo que en este lugar con el aire bastaba... aparte de esas comidas... Mira eso. —Y mostró otra clase de hortaliza parecida a una col gigantesca. Era como un árbol.

—Erariquísima —sonrió ella.

Luego su actitud volvió a aparecer seria. Ante la realidad se tornó triste y prosiguió su relato.

—El profesor Constans detectó la invasión- del aire nocivo. Era algo que le preocupaba notoriamente y tenía prevista parte de la solución.

—¿Cómo? —interrumpió Peers.

—Según los estudios del profesor, la contaminación sólo permitiría la supervivencia de insectos. Seres microscópicos.

—Pero...

—Déjame seguir, Peers. Quizá te resulte difícil comprenderlo, como a mí me resultó entonces, pero la idea tenía viabilidad y mi padre también lo comprendió.

—Bien, continúa.

—Constans se propuso convertir a los seres de este reino en insectos. Lo tenía todo preparado, e incluso había realizado algunas pruebas, pero fracasaron. Le faltaban algunos detalles... Mi padre trató de ayudarle. Papá entendía de estas cosas porque en nuestro habitáculo era experto en insectos... Te hablo en un lenguaje llano para que me comprendas.

—Sí, sí, de acuerdo.

—Pues bien… Los dos colaboraron juntos para perfeccionar la idea del profesor Constans, pero la amenaza de la invasión atmosférica persistía, y era de todo punto necesario salvar a la gente; por eso el profesor ordenó a las *máquinas* construir el bunker.

—Las máquinas…*Robots,* ¿verdad?

—Sí. Vosotros los llamaréis *robots.* Aquí las llamaban *máquinas,* simplemente. Hacían trabajos mecánicos, auxiliares y empleaban un tiempo mínimo. El bunker lo hicieron muy rápidamente, con capacidad para toda la población.

—¿No hay más ciudades en este planeta? —preguntó Peers, haciendo un inciso.

—No. Es pequeño. Todo estaba concentrado en esa maravillosa ciudad. —Y la muchacha se deleitaba proyectando nuevas vistas del lugar.

—Ya veo… Debió ser realmente hermoso —repuso él.

Laa continuó:

—En previsión de lo que era ya inevitable, la gente se trasladó a la nueva ciudad subterránea y todos se instalaron pendientes de lo que iba a ocurrir.

»Los detectores —prosiguió— señalaron la invasión prevista por el profesor Constans. Una lluvia de arena invadió lo que antes habían sido campos fértiles, jardines y mansiones de ensueño. Todo se deshijo, se volatilizó… Es difícil de comprender… Nosotros podíamos verlo a través de las pantallas… Mira… Ha quedado todo grabado.

Una nueva pulsación puso en pantalla el cataclismo.

En apariencia era un vientosuave,inofensivo…

Pero Peers pudo ver con sus propios ojos como unas edificaciones metálicas, de apariencia sólida, se desmoronaban y eran arrastradas por el viento.

Luego observó la lluvia arenosa que iba cubriendo las zonas verdes, los paseos, los solares.

El polvo iba creciendo, creciendo, inundando toda la hermosa

superficie, hasta cubrirla a gran altura.

—Arena...—murmuró.

—Sí —repuso ella—. Arena y polvo. Polvo contaminante. Mortal...

La pantalla reflejaba ya un gran desierto. El mismo que Peers y los suyos habían encontrado al llegar.

Y la arena seguía cayendo, aumentando en volumen, cubriendo por todo.

Metros y más metros por encima del bunker. Ya nada quedaba de aquel maravilloso paraíso.

—Así quedó todo —concluyó ella.

—¿Y entonces? —preguntó Peers.

—La gente se había refugiado en el edificio subterráneo. Aquí —indicó ella—. Pero la atmósfera respirable era limitada. La vida no podía durar en tales condiciones, y el profesor Constans trataba de acelerar su teoría. Papá le ayudó y consiguió la fórmula de la reducción.

La muchacha hizo una pausa. Luego continuó ante la atención de Peers.

—Consiguió esa reducción. Los seres disminuyeron de tamaño. No era exactamente lo que había pensado mi padre, ni el profesor Constans, pero, al menos, dio resultado...

Peers miró en derredor.

—¿Insectos? ¿Se convirtieron en insectos?

—En pequeñas células vivas. En realidad igual que insectos.

Peers buscó en torno suyo.

—No. No están en este departamento, pero puedes verlos.

Laa se aproximó a los mandos de una de las pantallas y conectó.

—Espacio primero —dijo.

La pantalla se iluminó como era habitual. Peers trató de buscar las células microscópicas, pero no consiguió dar con ellas. La muchacha reguló el volumen y entonces apareció un enjambre brillante revoloteando de un lado a otro.

—¡No! —exclamó Peers—. ¿Son... esas cosas?

—Sí, Peers. Todos están ahí. Necesitaban muy poco espacio.

—Nunca vi nada parecido... Y están vivos.

—Algunos han muerto ya, otros se han reproducido. Mira esto —conectó otra pantalla que transmitió unos datos.

—Esto es el balance general. Todo se hizo de manera que quedara contabilizado.

—¿Y crees que algún día podrán volver a su tamaño normal? —inquirió él, después de un silencio.

—No lo se...

—¿Qué fue de tu padre y de ese profesor Constans?

—Hubo un error a última hora. No sé exactamente lo que ocurrió, pero los dos quedaron reducidos también. Están ahí. —Y señaló el revoloteo de las células vivas, brillantes a veces, en un continuo vaivén que reflejaba perfectamente la pantalla.

-¿Y tú?

—Papá dijo que nosotros podríamos soportar mejor las nuevas condiciones y, en cualquier caso, siempre habría ocasión para disminuirnos, pero después del error ya no he podido ponerme en contacto con mi padre. No sé si está vivo o no...

—¿Y hace mucho tiempo de esto?

Ella pulsó la consulta en el memorizador que transmitió rápidamente los datos.

Peers calculó:

—Cincuenta años... Y durante ese tiempo... ¿qué has hecho? ¿Cómo has vivido? ¿Y quién ha mantenido en funcionamiento todo esto?

—He vivido horriblemente… angustiada por mi padre… En cuanto a los alimentos, ya habrás notado que aquí no son necesarios.

—Sí. Eso es verdad… Y todas las máquinas, todo esto…

—Es un sistema de energía perfecto. No necesita de ningún cuidado. Ya te he dicho que, en este lugar, todo era perfecto.

Tras otrosilencio el joven murmuró:

—Creo que comprendo el problema. Pero no sé qué puedo hacer. Por de pronto necesito encontrar a Mails. Esprofesor;quizá él pueda hacer algo.

—Sí, Peers, pero lo que no debéis hacer es perforar el bunker. ¿Comprendes? *Ellos* necesitan liberarse, pero no podrían soportar el aire exterior.

Al decir *ellos,* Peers comprendió que se refería a las células y quedó pensativo.

—Bien, veremos lo que se puede hacer. Guíame por favor. Necesito salir de este laberinto.. Tu… Tu sí podrás soportar la atmósfera exterior ¿verdad? —Lo intentaré. Ahora ya estoy más recuperada. Oí decir a papá que no se podían mezclar las dos atmósferas. Eso ha debido ser lo que me ha producido esa fatiga.

—Yo también me cansé por primera vez desde que me hallo e? este lugar. ¡Vamos! Ahora hay que encontrar a Mails.

Algunas pantallas seguían transmitiendo signos que para Peers continuaban siendo ininteligibles. Sólolas fechas y los datos precisos respondían al código internacional.

Yallá, en el fondo, las células seguían revoloteando a través de la pantalla.

CAPITULO X

Estaban agotados al salir al exterior del bunker, en el corazón de aquel inmenso subterráneo bien apuntalado el techo por grandes barras metálicas.

—Los *robots* hicieron un trabajo perfecto —comentó Peers, deteniéndose para descansar.

—Sí.

—¿Dónde están ahora?

—En la planta cuarta del bunker.

—Quizá..., quizá les necesitemos.

—¿Para qué? —preguntó ella.

—No lo sé, pero... ¿No has pensado en que la ciudad pueda ser reconstruida?

—¡Oh, no sé!

—Quizá no sería tan bonita como antes, pero la atmósfera, arriba, es respirable. Aquí abajo en cambio...

—Es la mezcla, Peers —recordó ella—. Vuelvo a sentirme mal. Sigue tú, busca a ese profesor, pero si no le encuentras vuelve antes de que sea demasiado tarde.

—No quisiera dejarte sola.

—He pasado sola cincuenta años.

El hecho de que el paso del tiempo no les envejeciera no era nada que les pareciera extraño en un lugar como aquél. No obstante, Peers sentía de nuevo cómo se debilitaban sus fuerzas.

Un leve gemido le hizo volver la cabeza y entonces descubrió en la penumbra un cuerpo que se movía.

—¡Es Mails! —gritó y dejando a la muchacha unos instantes, corrió a su encuentro.

El profesor apenas podía respirar.

—El aire... Tengo que sacarlo de aquí. Por eso estaba pidiendo socorro.

Mails abrió la boca para decir algo, pero sólo consiguió exhalar un suspiro.

La muchacha se apresuró a ayudar a Peers.

Mails, con un tremendo esfuerzo, consiguió articular algunas palabras:

—Vilon... Vive... Ayudadle...

No dijo nada más, pero Peers le había comprendido perfectamente.

—Es otro compañero. Tengo que buscarle. Pongamos primero a Mails en lugar seguro. Necesita una buena dosisde oxígeno.

Mails se había desmayado y la muchacha volvía a encontrarse al límite de sus fuerzas.

Lo arrastraron hasta el interior y a duras penas consiguieron llevarlo hasta el departamento del que habíansalidopocoantes.

—Aquí os repondréis —dijo Peers, notando que el acondicionamiento de aquella estancia le devolvía la fuerza a sus pulmones.

—Espera. No salgas aún —le indicó Laa.

—Podré soportarlo —repuso Peers—. Necesito rescatar a Vilon antes de que sea demasiado tarde.

Ahora ya recordaba el camino y corrió a la salida. Pensó que Vilon debía estar cerca de donde hallaron a Mails y emprendió la búsqueda desesperada.

De nuevo le flaquearon las fuerzas, pero no desistió de su idea de encontrar al compañero.

—¡Vilon! —le llamó un par de veces sin resultado. Se apoyó en la

pared, procurando mantener el aire sano que todavía quedaba en sus pulmones y siguió buscando.

Por fin en un rincón, bajo una bóveda vio el cuerpo del amigo.

—¡Vilon!

El joven se encontraba en peores condiciones que el profesor. Totalmente inconsciente presentaba todos los síntomas de la asfixia.

Aunando todas sus fuerzas, Peers tiró de él para arrastrarlo hasta la entrada del bunker.

Llegó completamente agotado, pero Laa, que había estado aguardando, pudo ayudarle.

Por fin, un lapso de tiempo más tarde, los tres compañeros se hallaban ya recuperados. Vilon era el que se encontraba en peores condiciones, pero había vuelto a la vida y pudo explicar cómo llegó vivo después de su caída.

—Pude sujetarme a una de esas barras metálicas y me deslicé hasta abajo. El reloj de señales se me rompió y por eso no pude daros mi situación. Luego empecé a vagar, buscando una forma de entrada...

Mails había recapacitado y exclamó:

—¡El boquete que hicimos produjo la mezcla de aires! Sería curioso poder estudiar el fenómeno. Debe de existir algún medio para evitar la mezcla venenosa. Un antídoto... —Muy mejorado ya, empezó a examinar los controles de la sala, los mandos, las pantallas.

—¡Fantástico! Jamás hubiéramos conseguido nosotros llegar a semejante perfección —exclamo extasiado.

Allí, en aquella sala, Mails parecía hallarse de nuevo en su auténtico elemento.

Aunque desconocía muchas cosas respecto al funcionamiento de todos los aparatos, sabía que llegaría a dar con la clave precisa para ponerse a trabajar.

Laa le había contado lo de las células y el profesor puso toda su atención en las fórmulas que le transmitía el memorizador.

—¡Fantástico! ¡Increíble! —pasaba de maravilla en maravilla, pero lo que a Laa le interesaba era saber si podría volver a aquellos

entes a su tamaño normal.

—Primero habría que averiguar cómo reaccionarían.

—No tenemos mucho tiempo —repuso Laa—. Papá dijo que la reducción sólo podía durar un período de tiempo limitado.

El profesor manipulaba en otro aparato, y comentaba para sí:

—El aire. Ahora me interesa el aire. Tengo que analizarlo. Lo ideal será poder taponar el agujero. Eso será difícil.

—¡Los *robots!* —atajó Peers—. Debemos sacarlos de su depósito. Ellos nos ayudarán.

—¿Los *robots?* ¡Oh! Buena idea —asintió Mails—. Pero hará falta saber cómo están programados para darles la orden. Tendré que estudiar esto.

Algún tiempo después todo estaba dispuesto para efectuar la prueba.

—*Robot* número Uno —dijo Mails—. Seguramente tenía otro nombre, pero como lo ignoramos le llamaré así.

Pulsó un botón; tras unos ruidos se abrió un panel de la pared. Por el ascensor había descendido uno de los *rooots.*

La imagen de aquel ser metálico impresionó de veras a los tres hombres. Paradójicamente era Laa la que se hallaba absolutamente tranquila. Y explicó:

—Los hicieron de un tamaño similar al de ellos.

La envergadura del *robot* era aproximadamente la de cuatro hombres. Su forma gigantesca era natural que hubiese impresionado a los tres compañeros.

El *robot* permaneció inmóvil esperando órdenes. Mails le habló.

—Necesito que veas algo en esta pantalla. Acércate.

El *robot* siguió inmóvil.

—No entenderá mi lenguaje. Es natural. Tendré que hacerle actuar por medios mecánicos —pulsó unos botones hasta dar con el adecuado.

Entonces el *robot* se puso en funcionamiento y avanzó. No tenía piernas metálicas como otros fabricados en otras latitudes. Se movía deslizándose y poseía media docena de brazos distribuidos a ambos lados del cuerpo.

Podía mover cada uno de los tres dedos que remataban aquellos brazos en diversas direcciones. Sus uñas eran auténticos garfios y con la mano cerrada su brazo era una auténtica garra.

Por medio de pulsaciones, el profesor Mails le obligó a hacer unos cuantos movimientos para asegurarse de su funcionamiento.

—Ahora miraa la pantalla, amiguito. Quiero queveas la grieta que abrimos y que la cierres. Haré que me comprendas.

El *robot* se volvió hacia la pantalla. Su ojo rectangular perfectamente iluminado osciló varias veces.

—¿Lo has comprendido? —preguntó el profesor, acompañando sus palabras con el manejo de los distintos botones.

La luz volvió a oscilar.

—Parece que esto marcha, amigos, pero ahora necesito saber cómo trabaja.

Laa advirtió:

—Trabaja conjuntamente con la computadora. Eso se lo vi hacer a mi padre. Se busca la programación y cuando aparece la ficha metálica se introduce en el *robot*.

—Sí. Eso era lo que pensaba. Veamos si consigo hacer la pregunta correctamente.

Tras algunos intentos, el profesor Mails consiguió que la máquina le facilitara una ficha metálica que, rápidamente, introdujo en la ranura que el *robot* tenía a la espalda. Era como un buzón, donde la placa quedaba depositada.

El *robot* asimiló perfectamente el programa y su ojo osciló:

—Perfecto. Ahora sepamos qué te hace falta...

Mails iba a pulsar un botón cuando Peers le advirtió del chispazo que acababa de producirse en un circuito.

—Cuidado, profesor.

—¡Vaya! Debe haberse producido algún contacto —murmuró Mails, tratando de cortar el circuito.

—Mire las pantallas, están transmitiendo datos a la vez —advirtió el joven Vilon.

En efecto, incluso las pantallas que habían permanecido apagadas hasta aquel instante se iluminaron bruscamente, emitiendo sonidos extraños acompañados de signos ininteligibles.

Mails trató de parar aquello, pero ni siquiera el *stop* general funcionó.

—Es extraño... Aquí ocurre algo que...

El *robot* se puso en movimiento y avanzó hacia Vilon.

—¡Oiga, profesor! Este no parece que lleve buenas intenciones —trató de sonreír, pero su risa se paralizó al ver cómo el ser metálico levantaba un brazo y de su gigantesca mano salía una púa larga y afilada.

—Esto va en serio —gritó Peers.

—¡Cielos! ¿Cómo se para esto?

Laa había corrido junto al profesor y trataba de encontrar la solución.

—Yo sólo conozco algún funcionamiento parcial, pero ignoro el montaje... No sé... No sé.

—Bueno. No perdamos la calma. ¡Y tú, Vilon! Apártate del *robot.*

La advertencia no era necesaria porque el joven había corrido y se encontraba al lado de Peers.

Mails intentó paralizar la máquina.

—Antes me obedeciste. Tendrás que hacerlo ahora. No eres más que una máquina y...

—Este no le entiende, Mails —atajó Vilon viendo que el *robot* avanzaba de nuevo hacia él.

—¡Espera! Veremos qué intenta —dijo Peers.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió Laa asustada, al ver que Peers pretendía encararse con el *robot.*.

—No lo sé todavía. Pero no es lógico que un hombre no pueda dominar una máquina... Mails. Intenta programar algo útil. Se lo meteré en el buzón.

El *robot* estaba ya cerca de Peers y levantó nuevamente su brazo. De la mano apareció la ganzúa regulable y, de repente, la bajó rápidamente.

Peers saltó a tiempo y la puntiaguda arma quedó clavada en el suelo. El *robot* quedó momentáneamente paralizado, esforzándose en desclavar la aguja.

—¡Ahora,Mails!

—Lo siento. La computadora no funciona. Todos esos aparatos parece que se hayan vuelto locos.

El *robot* pareció crecer en envergadura. Se había enderezado. Su brazo era más largo ahora, y con un leve esfuerzo consiguió despegar la púa.

—Creo que se ha enfurecido —dijo Vilon, mientras

Mails seguía luchando con las máquinas tratando de detener aquel caos.

Vilon se colocó al lado de Peers, pero éste le gritó:

—¡No! ¡Déjalo! Hay que entretenerle mientras Mails busca el modo de detenerlo.

El *robot* volvió a lanzar su extraña estocada y Peers pudo evitar, una vez más, ser alcanzado, pero en esta ocasión la púa fue a clavarse contra uno de los aparatos.

Todo se llenó de chispas, acompañadas de un humo azulado.

—Ha destrozado ese pupitre —exclamó Vilon.

El *robot* se volvió, pareció observar la escena y su ojo rectangular lanzó unos destellos. Tras unos segundos de duda por parte de todos se abrió nuevamente el panel que dejaba al descubierto el ascensor.

Todos volvieron sus ojos hacia la plataforma. Tres gigantescos *robots* acababan de aparecer, y la plataforma volvió a subir.

—¡Cielos! Van a bajar todos —gritó Mails.

Laa lanzó un grito.

—¡Nos atacarán!Quieren destruirnos...

—Pero... ¿Por qué... por qué? —mascúlló Vilon—. ¿Qué les hemos hecho?

Los tres *robots* avanzaban para unirse al otro.

—¡Hay que salir de aquí como sea! —exclamó Vilon

—¡Y morir ahogados! —exclamó Peers.

—Moriremos de todos modos —exclamó Laa—. Esto es el fin.

La plataforma regresó de nuevo y aparecieron otros tres seres metálicos. Eran todos los que cabían en aquel rápido ascensor. Ahora ya eran siete en total.

—Veinte. Hay veinte —murmuro Laa—. Vendrán todos...todos...

Los siete *robots* comenzaron a moverse. Evidentemente les estaban rodeando. Trataban de impedirles el paso.

Laa, instintivamente, buscó la protección de Peers, que hasta aquel momento había sido el único que se había atrevido a enfrentarse con uno de aquellos seres incontrolados.

Vilon escapó de entre ellos y se pegó en una esquina de la inmensa estancia.

El profesor golpeó el pupitre y exclamó:

—Alguien debe tener el control de esto... ¡Alguien nos ha enviado a esta gente!

Pero nadie podía contestar a aquella pregunta, y los *robots* parecían dispuestos a destruirlo todo antes que dejar escapar a los cuatro seres atrapados en aquella estancia

CAPITULO XI

Los movimientos de aquellas máquinas articuladas eran, por fortuna, algo lentos, y eso permitió dar algún tiempo a Peers y los suyos que habían corrido al otro extremo de la sala.

Veinte *robots* avanzaban hacia ellos empuñando aquellasextrañasganzúas.

En pocos momentos varios aparatos habían sido destruidos. La luz de la estancia había comenzado a oscilar. Salían chispas de todas partes y se oían los gruñidos de las computadoras. Las pocas pantallas que quedaban ilesas continuaban con su emisión de datos incomprensibles para los allí presentes.

—¿Sabes si hay alguna otra planta donde existan más controles? —había preguntado Peers a Laa.

—Sé que los controles estaban aquí —dijo ella, con la mirada puesta en los *robots* que seguían deslizándose hacia ellos.

—Estoy pensando —murmuró el profesor Mails—, que esto no puede ser una casualidad... Un cruce puede motivar anomalías, pero no hasta el punto de que los *robots* se lancen deliberadamente contra nosotros.

Se iban aproximando más y más.

—¿Cree en la posibilidad de que alguien se lo haya ordenado? —inquirió Peers, mirando de reojo a los seres metálicos.

—¡No es posible! —gritó Laa, cada vez más angustiada—. Aquí no hay nadie. Sólo las células...

Peers y Mails cambiaron una rápida mirada.

—Lascélulas...hum...Nocreoqueellas puedancontrolar los *robots*... Tenemos que ver todas las plantas.

—¡No podemos entrar en la de las células! Morirían todas... Eso sí lo sé... Viven con un acondicionamiento especial... Sólo es posible liberarlas volviéndolas a su tamaño normal.

—¡No nos quedemos aquí! —exclamó Vilon.

Los *robots* estaban ya a unos tres metros. Peers miró el modo de pasar, una vez más, entre ellos.

—¡Seguidme! —gritó.

Un *robot* pareció adivinar su intención y clavó su espada, o lo que fuera, y poco faltó para que alcanzara al piloto.

—¡Ahora! —gritó Peers.

Laa salió en segundo lugar y a continuación Vilon trató de pasar por entre otro par de gigantes de acero.

—¡Vamos directamente a la plataforma! ¡Quiero ver esas plantas!

Consiguió pasar también, pero los *robots* parecieron adquirir mayor velocidad. Empezaron a moverse con más soltura y Laa, asustada, resbaló tontamente y lanzó un grito al verse a los pies de uno de aquellos enemigos que parecían tener vida propia.

Peers se volvió. Vio la mano en alto del *robot*.

—¡No!

Instintivamente el joven se lanzó hacia ella empujándola con todas sus fuerzas.

La púa quedó clavada entre los dos, cuando otros dos *robots* iban a enmendar el fallo del otro.

Peers, aún en el suelo, cogió a la muchacha y dándose impulso rodaron los dos para esquivar las nuevas acometidas.

Mails estaba junto a la plataforma y Vilon se tragó su miedo y se aproximó a los dos monstruos próximos a la pareja tratando de llamar su atención.

—¡Malditos!¡Apartaos!¡Fuera!

Menos de un segundo fue suficiente para que Peers se enderezara y tirara de la muchacha huyendo de allí.

Vilon pudo escapar lanzando un grito de terror ante aquellos monstruos a los que no era posible combatir por procedimientos normales.

—¡De prisa! —gritó Mails.

El panel del ascensor se estaba cerrando, Mails trató de sujetarlo. Peers corrió en su ayuda y cargó todo su cuerpo contra la puerta automática.

—Vamos, Laa…Y tú, Vilon.

Consiguieron subir. La puerta se cerró de golpe, librándoles momentáneamente de aquellos seres fantásticos.

El elevador los llevó a la planta siguiente.

—Aquí no hay absolutamente nada —dijo Laa—. Estoy segura.

La puerta se abrió un instante, pero volvió a cerrarse.

El elevador se puso en funcionamiento sin que nadie hubiese pulsado la palanca.

—¡Alguien está controlando esto! —exclamó Peers.

Pasaron la segunda planta como una exhalación, la tercera, la cuarta, la quinta…

—Tratan de llevarnos a alguna parte…

Por fin el elevador se detuvo y la puerta se abrió. Era la última planta.

Fuera del recinto del ascensor todo parecía más oscuro. Peers fue el primero en salir.

—¡Cuidado! —advirtió Laa

—Tenemos que saber lo que quieren de nosotros.

Miró en derredor y sólo consiguió ver una nave enorme con una abertura al final; una abertura en el techo.

Vilon salió en segundo lugar y, a continuación, lo hizo el profesor Mails.

—Esto parece… —empezó Peers—. ¡Sí! Es el piso alto. Aquel boquete lo abrimos nosotros.

—El aire está viciado. ¿No lo notáis? —murmuró Vilon—. Siento

los mismos síntomas que antes.

—Tendremos que salir fuera. Si la atmósfera es como antes de entrar aquí, por lo menos descansaremos. Después ya veremos el modo de...

—Hay otro ascensor —dijo ella en aquel momento, saliendo de la plataforma—. Está al otro extremo.

—Es el que utilizamos nosotros —recordó Mails.

Peers había corrido hasta el otro extremo y bajo el boquete gritó:

—Aquí hay herramientas.

—Sí. Las dejamos nosotros una vez perforada la plancha.

Llegaron junto a la otra plataforma. La puerta estaba abierta.

Peers recogió las escasas herramientas y las guardó en el pequeño macuto.

—Quizá volvamos a necesitarlas.

—¿Piensan abandonar? —preguntó Laa.

—Una vez fuera de aquí buscaremos alguna solución. Aquí no podemos quedarnos. El aire sigue siendo venenoso.

—Si pudiéramos quedarnos en la tercera planta —dijo Laa, de pronto.

—¿En la tercera? ¿Qué hay allí? —preguntó Mails.

—Nada. Es donde papá y el profesor Constans trabajaban...

—Dijiste que no había nada, excepto en la planta de las células —interpuso Peers.

—Y no hay nada, pero sé que hablaron de un recinto de seguridad o algo parecido. Quizá desde allí... —Y Laa entró en la plataforma.

—Salgamos primero a respirar —dijo Mails—. Esto se halla demasiado contaminado.

En aquel instante, Vilon gritó:

—¡Eh!

Se oyó un golpe brusco. La plataforma donde se hallaba Laa bajó bruscamente.

—¡Va abajo! —gritó Peers a su vez, y trató de hacerla subir.

—Temo que sea demasiado tarde... Parece que quieren echarnos a nosotros. Esto está claro. Nos han obligado a subir hasta aquí, pero a ella la quieren abajo.

—¡No podemosdejarlasola!—exclamóPeers.

—¡Yo no aguanto esta atmósfera! —gritó Vilon—. Empiezo a sentir los mismos síntomas de antes.

—Está bien. Salid vosotros, pero yo regreso. Laa habló de la tercera planta. Quizá haya algo aunque ella no lo recuerde bien ahora.

Vilon estaba bajo el boquete por unos diez metros sobre su cabeza.

Mails le miró y sonrió.

—Temo que no tengamos otra alternativa, Vilon. —Y señaló hacia abajo, añadiendo—: ¿Cómo piensas salir al exterior...?, ¿dando un salto?

Era verdad. No había posibilidad de alcanzar la salida. Era demasiado alto; ni subiéndose uno sobre el otro se podía alcanzar.

Tenían que volver a bajar. Tenían que enfrentarse nuevamente con lo desconocido...

CAPITULO XII

La plataforma se negaba a funcionar.

—Nos están reteniendo. Ya no me cabe ninguna duda de que quieren echarnos —dijo Mails.

—Pero ¿quién? Tú dijiste que las células no podían controlarnos. ¿No es eso?

—Bueno. Haría falta tener un estudio. Todo esto es absolutamente nuevo para mí. Confieso que muy interesante, pero ignoro si el llegar a entenderlo puede servirnos de algo.

—Tenemosque descender —insistió Peers.

—No hay ningún hueco —hizo notar Vilon—. Esto parece que funciona a presión. No hay barras ni columnas que sujeten la plataforma. —Y señaló la pared lisa. Las cuatro paredes que rodeaban la plataforma carecían de salientes. Eran muros herméticos.

—¡Aunque tengamos que perforar! —exclamó Peers—. Saltaremos de una planta a otra.

—Esto nos llevará mucho tiempo —arguyó Vilon, y Mails adujo:

—Por lo menos con el panel cerrado podemos respirar.

Peers quedó pensativo, intentando encontrar una solución mejor.

—¡Un momento! Esto debe tener algún circuito... Si logramos cortarlo...

—No conseguirías nada. La plataforma se quedaría aquí quieta, formando un techo totalmente hermético... Y además supongo que funciona por ondas.

—¡Hay circuitos!Si no los hubiera, no se habrían

producido aquellos chispazos en el laboratorio subterráneo.

Mails miró a Peers como si acabara de caer en la cuenta de algo en lo que no había atinado.

—Es cierto. Yo habría jurado que aquellos artilugios funcionaban por un sistema de ondas... Tenía que ser así, de lo contrario no hubiera pasado todo ese tiempo en funcionamiento... Cincuenta años sin que nadie alimente las máquinas y... a menos que ella haya mentido...

—¿Laa?

—Sí.

—¿Por qué habría tenido que mentirnos? Ella corrió tanto peligro como nosotros. Y quién sabe lo que le está sucediendo ahora¡Tenemos que averiguarlo!

Empuñó el soplete decidido a perforar la plataforma.

—Espera, espera —atajó Mails—, déjame pensar. Es evidente que si hay *alguien,* puede vernos... y tal vez oírnos. No... El taladro es lento y tenemos que descender demasiado... Tengo una idea. ¡Salgamos!

—Pero... —empezó Peers.

—Salgamos. Desde aquí no podemos hacer nada.

—Pero ¿qué pretendes?

Y guiñando un ojo, Mails murmuró:

—Utilizaremos el otro ascensor. El que nos ha llevado hasta aquí. —Y se llevó el índice a los labios, indicando silencio.

Peers y Vilon comprendieron que se trataba de un ardid. Salieron. La puerta se abrió sin dificultad.

—Es curioso —sonrió Vilon—. Cuando intentamos salir nos dan toda clase de facilidades.

Rápidamente la plataforma descendió por el hueco.

Con una seña, Mails les indicó que le siguieran hasta el extremo de la estancia.

—Ahora empieza a perforar aquí. —Y calculó un punto determinado en el muro metálico.

—¿Pero qué te prop...?

De nuevo el profesor impuso silencio con eldedo.

***

Al cabo de algún tiempo, Peers había conseguido abrir un boquete con suficiente anchura para llegar hasta la parte hueca que se hallaba junto al bunker.

Mails fue el primero en asomar.

—Menos mal que no me he equivocado. —Y señaló la parte de fuera.

Peers comprendió. Allí se hallaban los puntales en forma de barras con los que Vilon se había sujetado para llegar hasta el fondo cuando se produjo su caída.

—¡Abajo otra vez! —exclamó Vilon.

—Procura ahorrar oxígeno —sonrió Mails—. Pero no mucho, porque no vamos abajo, sino arriba. —Y siendo el primero en salir comenzó a trepar por la barra. Era un ejercicio difícil, pero con algún esfuerzo consiguió llegar hasta la puerta alta donde ya le fue posible apoyar el cuerpo; luego, con otro esfuerzo, arribó a la superficie.

Poco después los tres se hallaban de nuevo ante el panorama desolado de aquel inmenso mar arenoso, sin vida, pero con una atmosfera agradable que por sí sola quitaba el cansancio, la fatiga y renovaba los pulmones de aire.

—¿Ahora podemos hablar? —inquirió Peers impaciente.

—Supongo que desde aquí no pueden oírnos. Aquello es completamente hermético. La única atmósfera viciada ha quedado en el último piso y toda la cavidad. Espero, pues, que no nos oigan.

—Habla.

—No es fácil lo que voy a proponer, pero si hemos de llegar hasta esta tercera planta de que nos ha hablado Laa, es evidente que no nos dejarán utilizar la plataforma. Así que el único modo de entrar es

calcular bien la distancia y deslizarse por el mismo camino donde hemos subido. Al llegar a la altura de la tercera planta —tercera comenzando por abajo, cuidado— entonces se perfora.

—La idea no está mal, pero viciaremos el aire. Contaminaremos toda la planta.

—Sólo el de los corredores. Las estancias interiores quedan perfectamente protegidas.

—Pero si el piso es liso como este último. ¿Qué pasará entonces? —intervino Vilon.

—Es un riesgo que debemos correr —dijo Mails.

—Mailstienerazón.

Y Peers se dispuso a sumergirse de nuevo en aquel mundo fantástico e irreal.

***

El trabajo de abrir el boquete en la tercera planta fue bastante penoso. El aire venenoso representaba un constante *hándicap*que mermaba los esfuerzos.

Peers, que había descendido en primer término, procuraba ahorrar todaslas energías.

Al fin logró su objetivo. Un boquete pequeño, pero suficiente para que pudiera meterse por él.

Poco después le siguieron los otros.

—¿Qué? —inquirió Vilon.

—Corredores —repuso sonriente Peers, señalando a derecha e izquierda.

—Aquí estaremos tranquilos durante algún tiempo. La atmósfera tarda bastante en contaminarse. Entretanto, deberemos intentar abrir uno de esos paneles. Eso ya será más difícil —adujo Mails.

Recorrieron juntos el corredor. Peers llevaba su idea sobre la orientación que debían tomar.

—No te canses —le advirtió Mails—. Esto está construido de forma laberíntica para que nadie pueda orientarse. Y hasta diría que lo han hecho adrede. Es un método como otro cualquiera para protegerse momentáneamente de posibles invasores. No sé… —hizo una pausa, estaban en una encrucijada de pasadizos.

—No sé… —repitió—. Este mundo extraño me parece una mezcla de cosas supermodernas al lado de otras que, por antiguas, se pierden en la noche de los siglos.

Enumeró el sistema de ondas magnéticas y añadió:

—Y al lado de máquinas capaces de un movimiento continuo, uno se encuentra con un laberinto de corredores. Convierten a seres gigantescos en células y construyen un subterráneo apuntalado. Podían haber utilizado otros medios… En fin… Creo que descender hasta aquí no ha servido de mucho.

—Perforaremos otro panel —dijo Peers.

—Entonces sí que vamos a envenenar todo el aire.

En aquellos instantes, un ruido llamó su atención. Un panel se había descorrido.

—¡Los *robots!* —gritó Vilon.

Era una plataforma por la que acababan de surgir tres de aquellos gigantes metálicos.

—¡Nos han descubierto! —espetó Peers—. Pero aquí les será más difícil atacarnos.

Empezaron a avanzar. Vilon miró hacia atrás y advirtió:

—Creo que te equivocaste, Peers. Mira.

Estaban utilizando otras armas. De la altura del vientre del *robot* que abría la marcha surgían unas chispas azuladas, similares a las de las máquinas cuando estallaron.

—Esto pueden ser rayos de largo alcance —dijo Mails.

—Hay que llegar hasta la encrucijada —exclamó Peers.

—Lo mejor sería volverse —dijo Mails—. Temo que no sea posible hacer nada por Laa, y bien que lo lamento. Esa chica nos ayudó.

—Pensé que habías dicho que te era sospechosa.

—Bueno, bueno… No sabemos nada en concreto, pero una mujer es una mujer.

Habían llegado a la encrucijada fuera del alcance de los *robots*.

—Lo único que sabemos es que no nos quieren aquí —dijo Vilon —. V ahora veremos cómo vamos a dar con el boquete.

—Noderrochesenergíasysigue —advirtióPeers.

Llegaron a otra encrucijada y tres *robots* aparecieron al final de un corto corredor cerrándoles el paso.

—¡Por allí! —señaló el profesor, indicando otro de los corredores.

Apenas habían corrido un par de metros, otro ser metálico apareció cerrándoles camino.

Volvieron atrás para meterse en el corredor de la derecha, pero ni siquiera intentaron avanzar porque, a medio camino, ya se hallaban otros de aquellos enemigos.

—¡Están tratando de acorralarnos! —gritó Vilon.

—Esta vez se han dado prisa —adujo Mails, buscando la salida por el único corredor que quedaba libre.

—¡Es inútil! —Peers se detuvo ante dos formas metálicas quecomenzaban a avanzar hacia ellos.

Mirasen donde mirasen, los *robots* surgían de todas partes.Ellos —los tres— se hallaban en el centro de la encrucijada, sin ninguna otra salida que utilizar.

—Te aburrías arriba, ¿verdad, Vilon? —comentó con sarcasmo, Peers.

Los *robots* seguían avanzando con más lentitud, con desesperante lentitud, como si estuvieran completamente seguros de que nada podría librar a su presa.

CAPITULO XIII

Los *robots* se hallaban a unos cinco metros de los tres hombres.

Sus enormes cuerpos taponaban por completo los cuatro corredores en el centro de cuya encrucijada se hallaban.

No. No había posibilidad de esquivarlos como cuando estaban en el piso primero de aquel edificio.

El fin estaba próximo. Muy próximo.

Un leve ruido hizo volver la cabeza a los tres.

Un panel acababa de deslizarse.

—¡Rápido!¡Por aquí!

Era la voz de Laa.

Ninguno de los tres vaciló. Se lanzaron hacia la puerta.

El corredor se llenó de chispas, pero la puerta metálica se corrió, cerrando por completo la estancia.

Los tres hombres se apoyaron contra el muro. Ante ellos la muchacha les miraba esperanzada.

—Gracias por haber vuelto —dijo—. He encontrado algo...

—¿No te ha ocurrido nada? ¿No han querido hacerte daño? —inquirió Peers, tratando de serenarse.

—No. Me devolvieron a esta planta.

—¿Quién? —preguntó Vilon.

—No lo sé. La plataforma se detuvo aquí. Se abrió la puerta y...

—¿Qué es lo que has encontrado? —preguntó Mails.

—Aquí. —Señaló una mesa de trabajo. Al lado había unacomputadora y una pantalla. Todotenía un tamaño extraordinario.

Una especie de silla escalera servía para llegar hasta la mesa y los tableros.

—Era la mesa de Constans —añadió la muchacha.

—Ya. Escomprensible —sonrió Mails.

Al fondo había otra mesa más pequeña. Normal.

—Aquélla era la de mi padre. No hay nada. Creo que lo destruyó todo. Pero aquí hay algo anotado por él. Debió hacerlo después de disminuir al profesor Constans y antes de que, por error, él quedara igualmente convertido en célula. Seguramente no tuvo tiempo de destruirlo todo. Mire.

Ella había subido a lo alto de la silla-mesa y pasó unas cartulinas de apuntes al profesor Mails.

—Registrados por la computadora —murmuró Mails, tomando los apuntes que le ofrecía Laa.

—Sí. Yo ignoraba esto. Sabía que trabajaba aquí en sus estudiosconjuntosconConstans.

El profesor Mails tomó las cartulinas y agrandó los ojos.

—Esto ya es perfectamente comprensible. Son signos corrientes. Sólo tengo que traducirlos. Es un códice normal.

—¡Un momento! —terció Peers dirigiéndose a la muchacha—. Entonces, cuando tu padre por error quedó disminuido y convertido en célula... ¿Estaba aquí?

—Sí...

—¿Tú le viste?

—No. No le vi, pero él dejó constancia en su llamada de socorro. Por eso supe que ya no le vería más, a menos de que alguien pudiera explicarme cómo funciona todo esto. Yo no entiendo. Ni siquiera los signos, únicamente los datos concretos. Los normales como decís vosotros.

—Espera, Laa —intervino Mails—. ¿Dónde están esos signos de socorro que leíste?

—¡Aquí! —Y pulsó un botón del memorizador.

La pantalla se iluminó y aparecieron unos signos que el profesor tecleó para su posterior desciframiento.

—Dijiste que en este piso no había nada —recordó Peers.

—Es un simple memorizador.Lapantalla es paraver el exterior, pero el control general radica abajo y los *robots* casi lo han destruido.

—¿Viste a los *robots* ahora por la pantalla, cuando nos tenían acorralados? —inquirió a su vez Vilon.

—¡Oh, claro! Y temí por vosotros. Sabía que habíais vuelto por mí. Yo sólo podía abriros la puerta. Nada más.

—Quizá ese memorizador sirva para algo más —replicó Peers—, ¿qué dices, Mails?

El profesor tenía ya en su mano la traducción de los datos.

—¡Es fantástico! Aquí dice que Darían iba a hacer una comprobación con las células y, de repente, aparece la palabra *reducción.* Luego pide socorro...

—Darían es mi padre.

—Ya..., ya...

—¿Podemos saber si vive? —pidió Laa, rápidamente.

—Quizá... Aquí hay algo más. Parece que buscaba algo antes de... Bueno, Darían quería comprobar... Déjenme ver. —Y Mails tecleó de nuevo la máquina. Todos esperabanimpacientesla traducción.

Entretanto, Peers preguntó:

—¿Cuándo leíste esto estabas aquí? Me refiero a cuando te enteraste de que tu padre se había autodisminuido.

—No. Recibí un aviso a través de las ondas. Teníamos una contraseña. Una especie de anillo. Algo como los relojes que lleváis vosotros. Una señal especial indicaba el lugar donde debía dirigirme. Mi padre me hizo venir aquí para que leyera en la pantalla lo que ocurría.

—¿Y dónde tienes ese anillo? —preguntó Peers.

—No lo sé. Estuve inconsciente durante mucho tiempo. No sé lo

que pasó. Debí perderlo.

—¿Estás segura que lo perdiste? —insistió Vilon.

Antes de que Laa pudiera contestar, Mails había encontrado algo.

—Aquí está —dijo—. Es lo que me faltaba descubrir.

Todos esperaron a que el profesor continuara.

—Parece que Darían buscaba a Constans, por eso hizo una comprobación. Al pulsar algo empezó a autorreducirse.

—Entonces... Si Darían se autodisminuyó aquí, no está con los demás —dijo Peers.

—Un momento. Esto no está demasiado claro.

—Papá —murmuró la muchacha—. Puede estar en... ¡Oh, no! No es posible. Dijo que no era posible vivir en uno de esos departamentos sin estar acondicionado.

—Déjenme trabajar, por favor —pidió Mails—. Debo repasar y traducir esas notas. Parecen interesantes. Requeriré algún tiempo.

—Sí, Mails. Aclárenos todo esto —adujo Peers.

Se llevó aparte a Laa. Vilon pregunto al profesor si necesitaba ayuda.

—Sí. Comprueba las traducciones. Es esa tecla. No toques la palanca. ¡Ah! Y, entre tanto, veamos qué hacen los *robots*. —Miró y señaló otro botón—. Creo que es éste.

—No vayamos a equivocarnos, Mails, y les abramos la puerta.

—¡Vamos, hombre! Creo que ahora estamos en el buen camino.

Peers y Laa hablaban aparte. Ella le agradecía, una vez más, el riesgo que habían corrido.

El preguntaba y se preguntaba a sí mismo:

—¿Porquécreesquenosatacan?

—Tal vez se trate de un cruce en el circuito. Papá siempre decía que esos métodos que usaban ellos eran muy sensibles.

—No puede ser un cruce, ni siquiera un error. Recuerda la plataforma. Nos llevó a la salida, pero a ti te devolvió abajo. Es como si trataran de expulsarnos. Esto no es un error.

—No lo entiendo, Peers.

—Yo creo que empiezo a vislumbrar algo...

—¿Qué?

—Tratan de retenerte aquí. En cambio, a nosotros quieren aniquilarnos o echarnos...

—¿Por qué?

—He estado pensando... Antes, abajo de todo, nos atacaban con ganzúas, con una especie de material anticuado. Mails tiene razón. Este planeta tiene una mezcla de artefactos de todas las épocas. Quizá hayan elegido lo mejor de cada tiempo.

—Es curioso. Eso también lo decía papá.

—¿A quése refería?

—A cosas... Al sistema laberíntico de los corredores, por ejemplo.

—Pero tú y tu padre pertenecéis a otro planeta... Los laberintos antiguos. Los que construyeron millones de años o millones de épocas antes, estaban en mi planeta.

—¡Y en el mío!

—No esposible...

—Papá siempre decía que el misterio del cosmos era impenetrable, y sostenía la teoría de que todos procedíamos del mismo sitio. Algunos, en forma de mutaciones, y otros con el aspecto humanoide, habíamos salido del mismo planeta.

—Eso decía...No es posible.

—¿Por qué no? Un planeta eterno, con millones de épocas a cuestas. En cada época un grupo de seres emigra, busca, encuentra o se pierde y forma una nueva sociedad. Todos tienen los mismos recuerdos que transmiten de generación en generación. Unos avanzan más, otros menos. Depende, tal vez, del medio en que viven. De los elementos que encuentran a su alcance, del grado de inteligencia a

que les inclina el mismo cosmos según su situación en el espacio…

—¡Claro! —Peers pareció interpretar las palabras de Laa—. Todos hijos del mismo planeta, todos antecesores nuestros…, de todas las épocas. Unos evolucionando de una forma, otros de otra… Los habitáculos se destruyen, sus habitantes mueren, pero la especie permanece en uno u otro lado.

Repitió sus propias palabras:

—La especie se reproduce… en uno u otro lado. Eso es…La continuidad.

***

Vilon había detectado a los *robots* y llamó la atención a todos.

—Mírenlos. He contado diez. Exactamente la mitad. Están abajo, donde nos atacaron la otra vez.

Los diez *robots* parecían formar atentos frente a una pantalla en la que aparecían unos signos.

—Parece que están pidiendo instrucciones —dijo Peers, aproximándose.

Pero Mails reparó en otra cosa que juzgó más importante, yen verdadlo era.

—¡Fíjense!¡Todo está reconstruido!

Efectivamente, la destrucción que se había causado en los pupitres y computadores aparecía reparada.

—¡Es verdad!

—¡Los *robots!* —exclamó Laa—. Ellos pueden hacerlo todo.

—Siempre que alguien les guíe —atajó el profesor.

—Cierto.

—Entonces, ¿quién les guía?

La respuesta quedó en el aire.

Debía preguntarse también quién les estaba dando instrucciones en aquel momento, pero tampoco nadie hubiera podidocontestar a aquella pregunta.

CAPITULO XIV

Vilon pulsó otro botón para cambiar la escena. La pantalla reflejó el corredor y la puerta de entrada en aquel laboratorio más pequeño donde ahora se encontraban.

—Tenemos a tres tipos de estos de guardia, Mails —advirtió, señalando la pantalla.

—Sí, era de suponer —replicó el profesor, volviendo a su trabajo.

Vilon tecleó el aparato para cambiar el plano de la pantalla, pero pulsó un botón erróneamente.

—¡No! —advirtió Mails.

El panel se descubrió dejando en la misma entrada al *robot.*

—¡Cierra, cierra! —Y fue el propio Mails quien cambió de botón para cerrar la puerta—. Por poco —suspiró.

—No lo comprendo —se excusó Vilon.

—Te dije que no pulsaras nada más que ese botón.

—Iba a hacerlo pero...

—Pero qué.

—No lo sé, Mails, no lo sé. Es como si... en fin, no sabría explicarme.

—Bueno, olvídalo y no toques más ese aparato. Necesito traducir.

—Lo siento —repuso Vilon. Estaba realmente confundido y al pasar ante Peers se encogió de hombros en señal de impotencia. Su compañero le palmeó la espalda enseñal decomprensión.

—Estamos todos un poco nerviosos.

Se hizo un largo silencio. Mails lanzaba suspiros de vez en cuando y comprobaba datos en la computadora. Conectó la pantalla un par de veces y en una de las ocasiones se quedó algún tiempo mirando. Peers se aproximó y Vilon se quedó rezagado como si no se atreviese a

acercarse demasiado a la mesa.

Peers observó los *robots.*

—Se dirigen a la plataforma.

—Y es posible que vengan a este lugar. Pueden entrar si lo desean. Lo supongo al menos. Parece que tienen poder ilimitado.

—¿Por qué no lo han hecho ya? —preguntó Peers.

—Eso es lo que no acabo de explicarme. Pero no tengo tiempo de pensar en todo.

—Si al menos supiéramos para qué nos atacan.

Los *robots* se dirigían a la plataforma y subían por ella. Se detuvieron en la tercera planta.

—Aquí les tenemos. Perforarán la puerta.

Mails murmuró algo y luego en voz alta añadió:

—Aquí habla algo de los *robots.* Voy a comprobarlo. —Y pulsó unasteclas.

La pantalla transmitía la imagen de los seres metálicos. Se deslizaban por el corredor. Laa miraba igualmente asustada.

El profesor, tras comprobar unos datos, dijo:

—Ahora tengo algo concreto. Hay un proyecto de autodestrucción... No está muy claro pero...

—¿Autodestrucción? —inquirió Vilon, aproximándose.

—Sí,parece que...

Los *robots* avanzaban hacia donde habían quedado sus compañeros guardianes, justo en el panel que daba acceso al lugar donde se hallaban. Era la única entrada posible, en el centro del edificio apartados de las plataformas.

—Sigue, Mails. ¿Qué tienes en concreto?

—Cuando se hizo esto, se programó a los *robots* para que en caso de peligro autodestruyeran el refugio.

—Pero ¿quién pudo programar semejante monstruosidad? —espetó Vilon.

—No es una monstruosidad, según se mire. Antes de ser torturados o vencidos, o rendirse ante una potencia enemiga, muchos pueblos han preferido autodestruirse.

—¿Sin combatir?

—Por lo visto no son gente bélica.

Intervino Laa para asentir:

—Es cierto. Una de las premisas de esta comunidad era renunciar a la violencia.

—Pero los *robots* poseen métodos para atacar.

—Seguramente será en casos extremos —apostilló Mails, repasando los apuntes.

En la pantalla podían verse ya hasta una docena de *robots* ante la entrada.

—Están esperando que lleguen los demás para entrar —dijo Vilon —. Estoy seguro.

Mails seguía traduciendo.

—Sí. Ahora está más claro. Parece que sólo atacan en casos extremos, pero pueden llegar a autodestruir.

—¿Y quién debía controlarlos, si toda la gente se habíaconvertidoencélulas?

—No puedo saberlo todo a la vez.

Las chispas empezaron a perforar el panel de la pared.

—¡Han empezado a actuar! —exclamó Laa.

—No hay que perder la calma. ¡Oh! —suspiró Mails—. Si pudiera disponer de unos momentos más. Esto empieza a ser más comprensible…

—Busque si hay algún medio para detener a esas máquinas —espetó Vilon.

—Ya busco, ya busco. Guarden silencio, por favor...

Las chispas empezaban a perforar el muro metálico. Surgían de todas partes.

—Hay una cosa clara —dijo Mails—. No les importa destruir este departamento donde nos hallamos... Por eso abajo nos atacaron únicamente con púas. Podían haberlodestruido todo.

—¿Y eso qué prueba? —inquirió Peers. —De momento, que Laa tenía razón. El control general se halla en los bajos. Por eso lo respetaron. —Esto no es un consuelo. Van a achicharrarnos. El panel empezaba a presentar huecos.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Peers—. Darían lo había previsto. Tenemos un lugar seguro.

—¿Dónde? —preguntó la muchacha.

—Eso eslo malo. Tendré que descubrirlo.

—Pues vaya otro consuelo. Y ésos van a entrar. Tendremos que entretenerles. Prepárate, Vilon —dijo Peers.

Naturalmente, a Vilon le hacía maldita gracia, pero necesitaban tiempo.

—¿Y cómo vamos a hacerlo?

—El soplete... No es un arma muy eficaz, pero puede que nos ayude.

Aguardaron con el ánimo suspendido, mientras las chispas consumaban su tarea perforadora.

El panel cedió, por fin, y aparecieron en hilera cuatro de aquellos gigantones articulados. Avanzaban en batería.

Peers puso en marcha el soplete, arrojándoles el rayo a distancia.

—¡Al ojo, Peers, al ojo! Puede que consigas algo —gritó Vilon.

Peers era el único que disponía de aquella improvisada arma que trataba de introducir en el ojo rectangular de uno de los monstruos metálicos.

El efecto del rayo paralizó un instante a los que avanzaban, pero

la reacción fue fulminante, y ellos aumentaron la presión de sus chispas azuladas convirtiéndolas en auténticos rayos que perforaban los muros.

—¡Cuidado, profesor! —gritó Peers.

Mails saltó, llevándose consigo los datos, al tiempo que murmuraba:

—Muros blandos.

—¿Qué dice? —inquirió Vilon.

Peers seguía con su rayo improvisado retrocediendo, pero con mejor puntería que sus atacantes. El impacto atravesó el ojo rectangular de uno de los *robots* y tras lanzar una pequeña humareda que dejó escapar por la herida quedó paralizado.

—¡Has dado en el blanco! —gritó Vilon.

Los rayos habían alcanzado la mesa, la pantalla; todo estaba destruido, humeante.

Ahora los rayos buscaban a los cuatro seres que se encontraban en la estancia buscando la salida.

—¡La pared blanda!—repitió Mails—. Ahí está...

Mails señalaba el muro en el cual los impactos de los rayos lo habían perforado.

—Tiene que ser ahí. Esta parte es más blanda, de lo contrario habría resistido los rayos.

—¿Y cómo demonios abriremos esto? —espetó Vilon, en medio de aquel caos de fuego que tenían que esquivar continuamente.

—Hay un control...

—Han destruido la mesa —exclamó Peers.

En efecto, todo estaba destruido, y una vez más los *robots* parecían tener ganada la partida.

—¡Ahí!¡La mesa de papá! —gritó Laa.

—¡Es verdad!

Laa se lanzó hacia adelante, pero los rayos le impedían avanzar sin riesgo de ser alcanzada.

—¡Quieta, Laa! Yo iré —advirtió Peers y pasó su soplete a Vilon, añadiéndole—:Cúbreme.

Vilon tomó la eficaz herramienta convertida en arma improvisada y efectiva y Peers trató de esquivar los rayos.

Los *robots* tenían predilección en atacar a quien los atacaba y por ello debieron concentrar sus disparos hacia Vilon, que iba de un lado a otro aprovechando la torpeza de movimientosde sus enemigos.

—¡Date prisa, Peers! No sé si podré mantenerles a raya por mucho tiempo...

Peers había llegado ya a la mesa. Abrió uno de los compartimentos. Otro, otro.

Buscó algo y...

—¡Yalotengo, Mails!—gritó.

Ahora la dificultad estaba en regresar.

—¡Es un control remoto! ¡Utilízalo, Peers! ¡Utilízalo! —gritó Mails, junto a la pared al lado de Laa.

Peers obedeció y una parte del panel se descorrió dejando al descubierto una entrada disimulada, de techo bajo. Poseía la misma iluminación que el resto de las estancias.

—¡Vamos! ¡Meteos dentro! ¡Tú también, Vilon! Entra ya de una vez.

Vilon dudó. Seguía empuñando su pequeño artefacto.

—¿Y tú, Peers? ¿Qué vas a hacer?

—Salvaos vosotros ahora —repuso su compañero.

El fuego era tan intenso, que no podía arriesgarse a pasar sin ser alcanzado, y si Vilon no entraba de prisa se corría el peligro que los *robots* entraran en aquella zona que el profesor Darían —el padre de Laa— había denominado deseguridad.

Vilon tiró el soplete hacia su amigo.

—Ahí tienes.

—¡Adentro de una vez, Vilon!

Apenas Vilon había pasado al interior de aquella especie de refugio, Peers cerró la puerta.

Ahora estaba completamente solo. Solo ante los monstruos de acero.

CAPITULO XV

Aquellas formas gigantescas parecían haber concentrado toda su atención en el panel que se había cerrado ante ellos. Trataban de perforarlo, ignorando momentáneamente a Peers, y el piloto veía cómo los impactos de aquellos rayos perforaban la puerta.

¿Qué ocurriría si conseguían abrirla? ¿Por qué estaba hecha de materia blanda? ¿Era, en realidad, un refugio seguro?

El panel poco a poco fue cediendo, mucho más rápidamente de lo que era previsible. Los *robots* se precipitaron hacia el interior. Sus rayos iluminaban la estancia pequeña y techo bajo. Peers se movió hacia ellos y pudo ver que no había nadie.

Suspiró tranquilo. Probablemente el refugio estaba más al interior. Los *robots* continuaron su lucha contra los paneles, pero esta vez resistieron. El material metálico parecía totalmente invulnerable.

Para Peers el problema continuaba, porque en ese momento dos de los gigantes metálicos se habían vuelto hacia él. Su presencia había sido nuevamente descubierta.

Peers sólo tenía una solución, escapar por el boquete que los *robots* habían abierto por el lado del corredor. Se lanzó hacia allí perseguido por sus implacables enemigos.

Sabía que sus probabilidades de salir con vida eran escasas, pero no estaba dispuesto a entregarse fácilmente.

Tras una larga carrera a través de un corredor encontró abierto uno de los paneles. Se encontró en unasala vacía. Al fondo, otra abertura. Era la plataforma y estaba en la planta. Se metió en ella y accionó la palanca para subir. El mando no obedeció.

—Debí suponerlo —comentó para sí.

Pulsó con mayor furia, sin ningún resultado positivo.

Se había acostumbrado a oír el leve ruido que producían los *robots* al deslizarse, y al escucharlo una vez más, supo que le estaban siguiendo la pista y se encontraban cerca.

Cada vez más cerca.

—Tengo que salir.

Se dispuso a hacerlo, pero la puerta de la plataforma se cerró, aprisionándole en el interior.

—Otra encerrona... ¡Quienquiera que sea! ¡No hemos venido a invadir su planeta! ¡No queremos causarles ningúndaño!—gritó, golpeó las paredes.

Todo era hermético.

¿Quién podía oírle?

Los *robots* sabían que él estaba allí, y pensó que le habían aprisionado para tenerle seguro. Imagino que aquellos monstruos se estaban acercando al panel, que lo abrirían de improviso, y le fulminarían con sus rayos.

Peers nunca había sentido miedo, ni aún en los momentos más difíciles y peligrosos de su vida, pero en aquellos instantes se sentía impotente. No podía luchar con ellos y sabía —lo sabía— que iba a morir. Y esa espera era lo que le aterrorizaba.

Y, efectivamente, las máquinas de acero estaban allí. Avanzando seguras hacia la puerta.

Peers sólo tenía aquella arma insignificante. El taladro.

—¡Destruiré a cuantos pueda! —gritó—. Pero vosotros también seréis destruidos. Mis compañeros se salvarán, y encontrarán el medio de venceros a vosotros y a quien os maneja...

De repente todo cambió.

Los *robots* seguían allí, sí, pero él descendía. Alguien había obligado a la plataforma a bajar hasta la última planta.

Cuando la puerta se abrió, Peers se encontró ante la misma sala de control donde había surgido el primer e inesperado ataque.

Una pantalla llamaba su atención con un pitido, y unos signos más concretos aparecían en ella.

La puerta del elevador se cerró. Peers recogió los signos trasladándolos a la computadora. El resultado no se hizo esperar.

Ahora sólo faltaba su traducción al código normal. Era un trabajo

sencillo.

¡Por fin parecía que alguien trataba de comunicarse con él!

Alguien había movido la plataforma y ahora una pantalla reflejaba como ésta subía.

Poco después los *robots* —tres— descendían por ella. La persecución no había terminado.

Peers consiguió descifrar la primera palabra:

MAILS.

Mails, desde el refugio, le transmitió un mensaje.

En la línea inferior, las perforaciones encajaban con la lámina del código y, poco a poco, surgían las palabras,

PALANCA. PULSAR.

La puerta del elevador se abrió. De la plataforma surgieron los tres *robots.*

Esta vez, igual que el primer ataque avanzaron, amenazando con la larga púa.

Haciendo uso de una gran serenidad, Peers continuó la traducción. Sabía que Mails pretendía salvarle, dándole la clave de algo y necesitaba llegar hasta el final de la clave.

A continuación, en la línea siguiente del código aparecieron unos signos.

Peers miró el tablero.

¡Los signos correspondían a una determinada palanca!

¡Los *robots* estaban allí! ¡Iban a pincharle con aquellas afiladas armas!

La mano derecha de Peers se movió rápidamente. La palanca bajó.

Los *robots* iban a atacar, los tres al unísono.

Se oyó un chasquido. Una pantalla comenzó a trazar signos y emitir pitidos.

Los *robots* detuvieron al mismo tiempo su movimiento agresor, quedando automáticamente paralizados.

Peers lanzó un suspiro.

El mensaje continuaba, y el piloto, con más calma, pudo traducirlo ante la impasibilidad de los monstruos que ahora eran como estatuas inmóviles.

«INSTRUCCIONES *ROBOTS,* PALANCA…»

De nuevo los signos indicaron la palanca que debía tocar Peers para dar instrucciones a aquellas máquinas.

A partir de ese momento todo pareció mucho más fácil. Un simple manejo obligó a los *robots* a convertirse nuevamente en servidores. Ahora se hallaban todos a la disposición de Peers. A los tres se unieron la totalidad, menos el que el propio Peers había paralizado que, aun en condiciones de funcionar, llegó más rezagado, visiblemente afectado.

Con la clave en la mano, Peers dio la primera orden como prueba.

—Reparad al *robot* averiado.

Rápidamente, después de que Peers hubo tecleado la orden, los compañeros del gigante averiado se pusieron a trabajar.

—Así me gusta… Pero ahora necesito saber dónde está Mails y los otros. Esto parece que ha cambiado.

Intentó comunicarse con Mails y recibió nuevas instrucciones procedentes del profesor.

«NO PODEMOS SALIR. SOLO TU PUEDES ABRIR LA PUERTA. PERO AHORA ES MAS IMPORTANTE QUE HAGAS OTRA COSA.»

Mails siguió transmitiendo.

«ANOTA LOS SIGNOS DE LAS PALANCAS. ES IMPORTANTE QUE PULSEN, EN PRIMER LUGAR, LA NUMERO CUATRO.»

Y a continuación le dio el signo correspondiente al número.

«ES MUY IMPORTANTE», recalcaba la nota.

Peers tecleó para preguntar:

—¿Dónde estáis?

—En una cavidad intermedia. No hagas más preguntas.

—¿Estáis bien?

—Perfectamente. El profesor Darían dejó todas sus cosas perfectamente grabadas en un memorizador. Puedo transmitir a través de una computadora con transmisor de clave.

—De acuerdo, no hago más preguntas. Pulsaré la palanca que me pides.

De nuevo la diestra de Peers accionó la palanca que Mails le había indicado.

Apenas lo hubo hecho, un grito inundó la estancia. Un horrible gemido que hizo incorporar a Peers de un salto.

De pronto, en el suelo, había aparecido un hombre con aspecto cadavérico.

Un hombre de estatura normal, al que sólo parecían quedarle, en todo su cuerpo, la arrugada piel que cubría sus huesos.

La aparición intentó arrastrarse, pero apenas podía moverse.

—¿Quién? —empezó Peers, aunque creía haber adivinado ya la identidad de aquel ser que más parecía regresar de ultratumba.

El hombre trató de hablar, pero de su garganta surgió sólo un extraño ronquido.

—Darían, ¿verdad? ¿Eres Darían? El padre de Laa.

Los ojos del esquelético sujeto se abrieron para mostrar unas cuencas casi vacías.

Peers pensó que apenas quedaba vida en aquel cuerpo.

—Darían... Si no puedes hablar, nos entenderemos igualmente... ¿Qué es lo que puedo hacer por ti? ¿Me has comprendido, Darlan?

Por primera vez la forma esquelética hizo un movimiento con la cabeza. Un movimiento negativo.

—¿Eres una célula?, ¿verdad? Y el movimiento de esa palanca te

ha vuelto a tu tamaño real.

La cabeza de esqueleto se movió de forma afirmativa.

Peers tenía un montón de cosas que preguntar, pero en ese momento, el hombre trató de levantarse. Extendió las manos como pidiendo ayuda, y el joven se apresuró a prestársela.

El hombre se había sentado sobre un pupitre y con algún esfuerzo empezó a teclear.

—Intenta darme un mensaje —murmuró Peers.

El hombre pulsó una tecla y pasó el resultado a Peers para que lo descifrara.

Le hablaba en su propia lengua y eso le facilitaba mucho las cosas.

«Soy Darlan —decían aquellas líneas—. Me queda muy poco tiempo.»

«Debo prevenirles de un gran peligro.»

CAPITULO XVI

Darían, con extraños ronquidos, conseguía muy trabajosamente transmitir aquel mensaje. Se ahogaba, sus manos torpes se negaban a moverse. Era un esfuerzo supremo de quien lucha por mantenerse vivo hasta haber cumplido una misión.

Pero la muerte le sorprendió. Su cabeza chocó sobre el pupitre con un ruido hueco.

Peers trató, inútilmente, de hacerle reaccionar. No. Ya nada se podía hacer por él.

Tradujo el mensaje y a medida que iba leyendo, su rostro acusaba la gravedad de aquellas palabras.

—¡Cielos!

El mensaje era totalmente comprensible hasta allí donde Darían pudo llegar:

> «Salgan de aquí. Cuiden de Laa. Corren un grave peligro. Programe a los *robots* 2 y 5, de acuerdo con las instrucciones que su compañero Mails tiene ya en su poder en el refugio. Destruyan a los otros. Es necesario que lo hagan así. Los *robots* 2 y 4 encontrarán el material que necesiten. No intenten hacer nada por las otras células. Ellas morirían como yo... Llegamos demasiado lejos...»

El mensajesufría algunoslapsos, para continuar:

> «Constans vive. El programó la destrucción. Quería acabar con todos antes de que el planeta fuera habitado por otros seres. He estado luchando con él... No quería que Laa muriera. Ni tampoco ustedes. Sé que querían salvarnos. No..., intenten... Y huyan cuanto antes. Constans tiene...»

Y aquíterminaba el mensaje.

Poco después, Peers había liberado a los suyos del refugio y Mails, muy agitado, mostró los documentos hallados en aquel recinto secreto.

—Esto es muy importante, Peers —dijo.

—Lo sé. Programemos a esos *robots* que Darían nos ha indicado.

Laa miraba, con tristeza, el cuerpo de su padre.

—El siempre temió esto. Dijo que era llegar demasiado lejos... ¡Pobre papá! ¡Luchó por salvar a los demás!

—Trabajó con un demente —atajó Mails—. Constans era un demente...

—¿Qué pasa con las células? ¿No podemos hacer nada por ellas, verdaderamente? —inquirió Vilon.

—No. Darían así lo dijo. Morirían.

—Es verdad —asintió Mails, exhibiendo los documentos—. Aquí queda todo explicado. Darían debía proceder de un planeta similar al nuestro, aunque su técnica y susconocimientos fueran más avanzados.

Luego, Mails explicó que según la teoría que él comprendía perfectamente, el tiempo pasado era un *hándicap*imposible de superar. Los seres, al recobrar su tamaño normal, morirían irremisiblemente; de este modo, en su estado actual, podrán vivir indefinidamente.

—¿Lo que no comprendo es cómo Constans pudo intervenir para aniquilarnos? El también es una célula —comentó Vilon.

La explicación también la tenía Mails en su mano, y mientras programaba a los *robots* que Darían había indicado, le expuso:

—Aquí está anotado. El padre de Laa tenía alguna sospecha e hizo unas averiguaciones. Parece ser que Constans había experimentado consigo mismo. En principio había logrado el traslado de la materia. Es el viejo sueño de muchas generaciones de sabios. Desmaterializarse, para adquirir nuevamente la forma normal. Triunfó, y de ahí partió la idea de la reducción de losseres a los que pretendía salvar de la catástrofe que asoló este habitáculo.

Tras una pausa, prosiguió:

—Cuando llegó el momento de poner en práctica sus descubrimientos, sabía positivamente que las células jamás podrían convertirse nuevamente en seres normales. Una cosa es la desmaterialización momentánea, y otra la reducción total a largo plazo. Él lo sabía y por eso volvió a someterse a un experimento. Esta vez se privó de un miembro de su cuerpo. Un brazo. Lo mantuvo en vida por procedimientos químicos, y aprovechó todas las células posibles.

—¡Pero eso no es factible! —exclamó Peers.

—Lo es si ese brazo es accionado por un motor. Un motor humano. En otras palabras: un corazón.

—¿Un corazón? —repitió Vilon,atónito.

—Constans asesinó, ésta es la palabra, asesinó a uno de los suyos para obtener, no solo el corazón, sino el cerebro. Ello era vital. Un brazo, un corazón y un cerebro. Los hizo vivir hasta el momento de aprovechar únicamente las células. Tenía que seguir gobernando, incluso a tamaño microscópico, y sólo podía hacerlo si parte de su persona estaba distribuida en los puestos clave…

—Entonces… Constans es algo más que una célula. ¿Es eso lo que tratas de decirnos, Mails? —interrumpió Peers.

—Exacto. Más que una célula. Su cuerpo está repartido, y su poder multiplicado. Una Célula-Unidad no tiene poder por sí sola para gobernar, pero miles de células, sí… Es parte de materia desintegrada que corresponde a un todo.

—Y gracias a esa materia, podía controlar ese laboratorio —comprendió Peers.

—Así es… Por eso trató de eliminarnos. Su reacción fue lenta porque, al principio, tío nos creyó capaces de realizar nada práctico, pero cuando decidimos emplear los *robots* para reconstruir el planeta, intervino…

—Entonces las chispas no fueron ningún error, ni siquiera un accidente —dijo Laa.

—No. Todo funciona por ondas. Las chispas se producen a voluntad, forma parte de las múltiples aplicaciones de todos estos

aparatos de una perfección sinlímite…

—¿Y Darían? —preguntó Vilon.

—Darían nos ayudó en la última parte. El carecía de fuerzas y, como célula, tuvo que hacer un esfuerzo tremendo. Una célula sola, luchando contra millones de ellas, pero con inteligencia. Perdió la batalla, pero gracias a él sabemos lo que tenemos que hacer.

—Si no lo hubiésemos vuelto a su tamaño natural… —empezó Peers—. ¡Y lo hice yo!

—No, Peers, él lo quiso —protestó Mails—. Ahí está escrito.

Laa, por su parte, adujo:

—Es verdad. Yo os hablé de la tercera planta; el profesor Mails encontró los apuntes porque papá los había dejado allí, y en el refugio construido especialmente por él estaban las instrucciones… Yo también quería darle su forma normal, Peers, ignoraba lo que podía suceder… Hay que aceptarlo. El lo quiso. Yo nunca supe la verdad.

Mails concluyó:

—Todo lo tenía previsto… A partir de los últimos días del proyecto de convertir a los seres en células, Darían había extrañado la falta del brazo de Constans, éste le dijo que se trataba de un accidente, pero su extraño comportamiento, sus súbitas desapariciones y sus largas permanencias, sólo en un estudio privado, aumentaron las sospechas del padre de Laa. Este, por su parte, había llegado al convencimiento de que la transformación a la inversa no sería posible, y fue cuando quiso hacer una comprobación por su cuenta. Trató de elegir a unas cuantas células y devolverles su estado normal. Sabía que entonces era factible, que vivirían y podría descubrir los síntomas de su degradación que en aquellos momentos hubiera sido relativamente mínima. Dijo que *ellos,* los habitantes, tenían derecho a saber la verdad, pero Constans, sospechando lo que Darían pretendía, le convirtió en célula a su vez.

—Así no fue un error —exclamó Laa.

—No, pero tu padre no quiso alarmarte. Tuvo tiempo, cuando experimentó los primeros síntomas, de avisarte de su situación… En fin. Esto es todo.

Todo estaba ya preparado para el traslado al exterior.

Sólo faltaba la destrucción de los *robots.*

—Tenemos que hacerlo antes de que Constans los utilice contra nosotros.

—Lo extraño es que no lo haya hecho ya… —adujo Vilon.

—Bueno. Ahora conocemos el funcionamiento de los aparatos. Lo tenemos controlado. Aunque de las células unitarias él sea superior, nosotros también somos muy superiores a él. Esperará atacarnos cuando estemos en la superficie, pero no podrá…

Pero Mails se equivocaba, porque los dieciocho *robots* adquirieron nuevamente su actitud agresiva.

—¡La palanca, Mails!! —gritó Peers.

Lo único que podía paralizar nuevamente a las máquinas era aquello. Sin embargo, cuando Mails trató de pulsarla no lo consiguió:

—Está agarrotada… No se mueve.

Probó Peers sin resultado.

—Parece que está sujeta a algo…

—Eso no lo tenemos anotado…

—Constans habrá estado trabajando durante este tiempo, mientras preparábamos a los otros… Debe de existir algo para paralizar esto. ¡Algo que sólo conoce el propioConstans! —dijo Peers.

Los *robots* estaban nuevamente en posición de ataque.

CAPITULO XVII

—Tenemos dos que están de nuestra parte —indicó Vilon, refiriéndose a los dos gigantes de acero recién programados.

—No podemos enfrentarlos en una lucha. Los demás suman dieciocho… —adujo Laa.

Pero Peers, cambiando una mirada con Mails, sonrió:

—Pero nuestras armas son superiores… Ellos no se atreverán a usar los rayos. Esta es la sala del control. El cerebro que rige todo el edificio…

—¡Cierto! —exclamó Vilon.

Y obedeciendo al simple llamamiento, los dos *robots* programados utilizaron todo su efectivo de rayos continuos. Sus panzas, todo su cuerpo, sus brazos, sus manos, todo se convirtió en auténticos surtidores de rayos que destrozaban aparatos y abatían a los *robots* enemigos.

Las pantallas ardían entre constantes chispazos; los aparatos estallaban y las máquinas de Constans quedaban paralizadas, inutilizadas totalmente.

Abriéndose paso de esta forma, los cuatro supervivientes de aquella aventura llegaron hasta el elevador.

Los estallidos se sucedían en aquella inmensa sala, convertida en un horno. Los circuitos quedaban inutilizados y hasta los muros acusaban los efectos de la rápida batalla.

Los *robots* de Constans trataban inútilmente de defenderse con las púas, pero nada podían contra sus hasta entonces *hermanos* de construcción.

Los rayos continuaban su labor destructora. Alguiencreyó oír, en alguna parte, un gemido. Nadie supo de dónde surgía.

El elevador llevó a los cuatro hasta el piso superior. Sordas explosiones llegaron hasta ellos.

El control central había desaparecido, pero el edificio seguía en pie.

Después se reunieron todos en la superficie. Los dos *robots,* cumplida su misión, estaban también con ellos en espera de órdenes.

—Constans estaba en un error —murmuró Mails—. El rechazaba la idea de que otra raza se apoderara del planeta, pero ignora que todos hemos sido y seguimos procediendo de la misma especie.

—¿Tú también lo crees, Mails? —inquirió la muchacha.

—Tenía mis convicciones, pero las notas de tu padre han acabado de convencerme...

—Entonces... ¿Nos quedamos aquí? —preguntó Laa.

—Eso... lo decidiremos entre todos. ¿No os parece?

—¿Qué podemos hacer si no? —intervino Vilon.

—Construir una nave, por ejemplo —propuso Peers.

—¿Una nave? ¡Estás soñando! —tercio Vilon.

—¿Por qué crees que hemos llevado a los *robots?* Dos son suficientes. Aquí no tenemos ninguna prisa. Se respira bien, y estamos a salvo de todo. Nadie puede atacarnos. ¿Verdad, Mails?

—No, por supuesto... Y no estaría nada mal poseer una nave y buscar otro lugar... La galaxia está llena de pequeños habitáculos. Los *robots* nos serán de una gran ayuda.

—Si ellos pueden construir la nave... —empezó Vilon y concluyó —:¡Por mí, encantado!

—Entonces manos a la obra.

Peers se aproximó a Mails y comentó en voz baja:

—Tengo la sospecha que las células de Constans hanmuerto.

—Yo también. Él se lo habrá buscado... Pero aunque estuviera vivo, nada puede hacer. No tiene ningún control. Si queda una sola célula viva de su persona, estará condenada a lo mismo que las otras. A vivir hasta su muerte natural, sin ninguna clase de poder, sin poderrecobrar jamás su tamaño... La idea fue suya, hizo correr el

riesgo a los demás... En ese edificio hubiera podido mantener a sus compatriotas con vida... Sospecho que adujo una serie de falsas razones para poner en práctica su experimento. Sí, no le importo sacrificar a todo un habitáculo..., ahora ya son todos iguales. Un mundo de células. Un mundo subterráneo que, posiblemente, será siempre ignorado...

—¿Cuántos habitáculos habrá así, Mails? —comentó Peers.

—¡Quién sabe! Lugares aparentemente desiertos, sin forma de vida visible y sin embargo están poblados... ¡Cielos! Toda la galaxia está poblada. Toda la galaxia.

—Será interesante empezar una nueva vida tratando de descubrir los misterios de los habitáculos —corroboró Peers.

***

La nave tenía una forma extraña. Así opinaron todos, incluso Laa, acostumbrada a técnicas más avanzadas, pero volaba. No había problemas de combustible. Los *robots* utilizaron una especie de ondas que luego Mails trató de explicar a sus compañeros.

Peers la probó. Lo hizo acompañado de Laa.

—Despegue instantáneo, sin problemas de aterrizaje... Un manejo fácil y cómodo, apenas hay que hacer nada.

—Bueno... Creo que con dos tipos como éstos, se puede ir a todas partes —sonrió Vilon, señalando a los dos *robots* que permanecían inmóviles, estáticos. Habían cumplido su misión.

—¿Preparados? —inquirió Peers.

Todos subieron a la nave. Era de gran tamaño. Los *robots* también tenían que caber dentro.

—Preparados —dijo Mails.

Peers sólo tuvo que pulsar un botón que daba órdenes al cerebro rector y el vehículo despegó como una exhalación. En pocos momentos, el planeta se convirtió en un punto insignificante en el infinito. Uno más.

—Nunca imaginé viajar en un vehículo así —comentó Vilon—. Bueno. La verdad es que nunca pensé en salir de eselugar.

Peers, por su parte, sentado al lado de Laa, añadió:

—Vamos a ser los primeros ciudadanos de la galaxia. Todo el cosmos será nuestro.

—No digas eso. Nunca se sabe —sonrió ella—. Siempre hay vehículos viajando por alguna parte. Papá solía decirlo. ¡Sabemos tan poco de los demás...!

—Tienes razón. Bueno... de momento podemos ir donde queramos. Si el planeta que tenemos a la vista no nos interesa, nos alejamos y buscamos otro.

Todos asintieron.

En la pantalla apareció una indicación. Un planeta estaba próximo. A la velocidad que viajaba la nave todas las distancias eran insignificantes.

—¿Qué planeta es ése? —preguntó Vilon.

Peers consultó.

—Tierra —dijo.

—Echemos un vistazo —propuso Mails.

—¡Hacia Tierra! —exclamó Peers.

Y en seguida captaron un mensaje:

«Objetovolante no identificado se aproxima.»

Y una respuesta:

«Será un ingenio bélico. Yo no creo en platillos volantes.»

Peers sonreía junto a Laa que, instintivamente, se apoyó en su hombro.

F I N